4ª EDICIÓN



Hola, ¿QUIERES salir CONMIGO?

MÓNICA DÍAZ

HOLA, ¿QUIERES SALIR CONMIGO?

MÓNICA DÍAZ

Derechos de autor © 2024
MÓNICA DÍAZ

HOLA, ¿QUIERES SALIR CONMIGO?

Todos los derechos reservados.
Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios, no así los lugares donde se desarrolla la historia. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ISBN: 9798343150766

Composición de portada y contraportada: Promociones Magia de la Lectura
Corrección: Agustín Lasarte
Ilustraciones: Promociones Magia de la Lectura
Maquetación: Promociones Magia de la Lectura

ÍNDICE

1. La cagaste Burt Lancaster
2. Casualidad
3. Una nueva etapa
4. Pipiolas
5. ¿Quién es David Martín?
6. Gracias
7. Educación Física
8. Historia Contemporánea
9. Golpe bajo
10. ¿Qué te pasa?
11. Me gusta
12. «Chicas cocodrilo»
13. ¿Y mi timidez?
14. No te puedo besar
15. Primera cita
16. Dos imanes
17. Junio
18. Vuelta a clase
19. Déjame
20. Óscar, ¿Por Qué?
21. No Te Olvidaremos
22. Efecto Dominó
23. El Concierto

Epílogo

Agradecimientos
Acerca de la Autora
Otras Obras de Mónica Díaz

Somos dos imanes tú lo has dicho
Y ni la música ni el tiempo nos pueden separar.

Dos Imanes
Hombres G

CAPÍTULO 1

LA CAGASTE BURT LANCASTER

HOMBRES G



EL BARRIO de San Ildefonso es el más céntrico de la ciudad. En él te puedes encontrar de todo; desde la confitería de toda la vida, hasta la tasca más moderna y actual. Sus calles son de lo más variadas: estrechas y pintorescas, anchas y modernas, humildes o señoriales. Y por este entramado urbano caminaba yo, sintiéndome la adolescente más feliz sobre la faz de la tierra. El día no podía ser más primaveral. Sentí que era un reflejo de mi estado de ánimo.

Recuerdo cómo los conocí. Fue el verano anterior, mientras arreglaba mi habitación. Mi madre estaba cocinando y tenía la radio puesta; de pronto, oí…

Io sono il capone della mafia…
Io sono il figlio della mia mamma…
Tu sei uno stronzo di merda…
¡Ja! ¡ja! ¡ja!
E un figlio di troia in Venezia…
Venezia…
Venezia…
Venezia…
¡Cha! ¡cha! ¡cha!

¿Mi madre está escuchando ópera?

Hice un mohín y seguí ordenando mis cosas.

Días después, me encontraba haciendo exactamente lo mismo, cuando en la emisora de radio escuché…

Vamos juntos hasta Italia…
Quiero comprarme un jersey a rayas…
Pasaremos de la mafia…
Nos bañaremos en la playa…

—¡Me gusta esta canción! —rumié, saliendo de mi habitación.

—Su título es *Venecia* y la cantan Hombres G —apuntó el «disk-jockey» que pasaba por allí

dirigiéndose hacia el salón —.

El «disk-jockey» era mi hermano Iván. Desde muy pequeño mostró un gran interés por la música, por eso le puse ese mote. Tenía diez años y su cultura musical era considerable.

—¡Toma, escúchala entera! —dijo, entregándome una «casete». En vez de coleccionar cromos de futbolistas, como hacían los niños a su edad, coleccionaba cintas, que él mismo grababa, de todos y cada uno de los programas musicales que escuchaba.

La tomé, y la coloqué en mi equipo de música. La cara que se me quedó fue la de, ¡alucina, vecina!, como decía el anuncio de la época, cuando descubrí que los que cantaban «ópera», no solamente eran los mismos que cantaban el estribillo que me gustaba, sino que, además, ¡era la misma canción!

Ni que decir tiene que enseguida le dije a mi madre que me comprase aquel disco. Y así fue, como empecé a ser fan de Hombres G.

¡Llegué! ¡Qué poco faltaba para tenerlo en mis manos! Un par de minutos después, apareció otra chica. Nos miramos.

Nos parecíamos mucho: delgadas, morenas, ojos oscuros y con el pelo largo. La diferencia es que ella lo tenía rizado y yo liso.

Farfulló algo, no escuché bien qué, y malhumorada, dio un zapatazo en el suelo.

¡Estaba claro! Iba buscando lo mismo que yo. Y seguramente se habría hecho la pregunta que me hice yo: —¿y si queda solamente un ejemplar? De ser así, sería para la primera; o sea, para mí. ¡Que hubiese salido antes de su casa como hice yo! ¡No, porque si hubiese salido antes y quedara solo uno, sería para ella! En fin, a lo que voy. Allí me encontraba junto a mi rival, ¿quién ganaría?

Minutos después, *Pioneros*; la tienda de discos más grande de la ciudad, levantó el cierre y ambas entramos nerviosas.

—¿Tienen el disco de Hombres G, *La cagaste Burt Lancaster*? —preguntamos al mismo tiempo.

El dependiente, un hombre joven y con aspecto campechano abrió la trastienda que estaba justo detrás de él, y entró…

—¡Lo siento, me queda solamente uno! — dijo al salir con un vinilo en la mano.

Mi rival y yo nos miramos retándonos.

—¿Quién ha llegado primero?

—¡Yo! —exclamé levantando la mano.

Me fulminó con la mirada.

Sus ojos se pusieron vidriosos como ese cristal cuando llueve; los míos, desprendían estrellas.

Y el dependiente, no podía estar pasándoselo mejor al ver nuestras caras.

—¡Me quedé sin el disco! —rumió apenada.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta.

La seguí con la mirada. Un doble sentimiento se apoderó de mí. Por un lado, me sentía ganadora; y por otro, culpable. Me dio pena pensar que aquella chica, que no me había hecho nada, no pudiese disfrutar del nuevo trabajo de Hombres G aquella tarde.

Justo cuando cogía el pomo de la puerta para salir, escuchamos…

—¡Es broma!

Ambas giramos la cabeza bruscamente hacia el dependiente.

—¡Aquí está el otro!

Llevaba los dos vinilos en la mano; uno debajo del otro, pero nuestros nervios provocaron

que creyéramos más en sus palabras que en lo que teníamos delante de nuestros ojos.

—¡Bien! —gritamos.

—¿Se puede saber qué tienen estos chicos que desde que llegaron al mercado están arrasando? —preguntó jocoso.

—¡Que cantan muy bien y tienen unas canciones muy bonitas! —contesté tímida.

—¡Que David Summers está muy bueno! —apuntó ella.

Soltamos una carcajada mirándonos.

Unos minutos después salimos felices del establecimiento. Ambas, nos detuvimos frente a la puerta mirándonos con una sonrisa en la boca. Nuestros ojos ya no reflejaban rivalidad, sino todo lo contrario, complicidad.

—Me llamo Yolanda —dije.

—Yo Marta.

Nos dimos dos besos. Y allí, en la puerta de aquella tienda de discos, pasamos la tarde hablando de Hombres G, nuestros ídolos. Antes de despedirnos, memorizamos nuestros números de teléfono.

Ambas sentimos que aquella tarde comenzó una bonita y verdadera amistad.

CAPÍTULO 2

CASUALIDAD



TODAS LAS TARDES al llegar a casa tras la jornada escolar, merendaba el sándwich que mi madre me tenía preparado, y con el último bocado en la boca, me encerraba en mi habitación a estudiar.

Al terminar, me enfundaba las medias deportivas, a juego con los calentadores. Y al ritmo de Eva Nasarre hacía los ejercicios de su programa: *Puesta a Punto*. Eran mis quince minutos de evasión.

Aquella tarde fue distinta. No tenía tareas que hacer y mientras estaba merendando sonó el teléfono…

—¡Ya voy yo! —exclamé.

—¿Está Yolanda? —preguntó una tímida voz.

—¡Marta, soy yo!

—¡No he reconocido tu voz, te cambia mucho por teléfono!

Sonreí. No era la primera vez que me lo decían.

—¿Te vienes a mi casa y escuchamos los vinilos de Hombres G?

—¡Si!

Tardé menos de diez minutos en llegar a casa de Marta. ¡Vivíamos justo al lado! Nos separaba el parque de La Alameda.

¿Cuántas veces nos habríamos cruzado en él de niñas con las bicicletas, los patines, o simplemente paseando con nuestros padres en verano, mientras disfrutábamos de un exquisito helado de *Avidesa* o *Frigo*?

—¡Qué pasada! —exclamé agitando las manos cuando entré en su habitación.

—¿Te gusta?—preguntó sonriendo orgullosa.

—¡Me encanta!

Aquellos doce metros cuadrados, no eran un dormitorio sino el museo de Hombres G. ¡Increíble! Yo no había visto ni la mitad de todo lo que allí había. Las paredes de la habitación de Marta estaban completamente forradas de pósteres, fotografías, recortes de entrevistas, entradas de conciertos, autógrafos en servilletas…

—¿Dónde es esto? —dije señalando una fotografía.

—Es en el *Rock-Ola*, un local de Madrid, pero ahí aún no eran Hombres G.

Fruncí el ceño. ¿Cómo que aún no eran Hombres G? ¿A qué se refería? Me explicó…

—Esa fotografía fue cuando debutaron en ese local, y se llamaban, Los Bonitos Redford.

—¿Y cómo es que la tienes tú? ¿Y por qué sabes tanto de ellos?

Se sintió como si acabase de obtener un máster en Hombres G.

—Tengo una prima que vive en Madrid, y también es fan de ellos. Los ha visto actuar muchas veces, y es ella, la que me lo manda todo.

Asentí embobada ante tanta información.

—¿Escuchamos primero el de *La cagaste Burt Lancaster*?

—¡Ok!

Marta se dirigió al tocadiscos, que tenía en una mesita junto a la ventana, mientras yo leía una entrevista…

—¿Qué horóscopo eres? —me preguntó mientras los primeros acordes de *Visite nuestro bar* comenzaba a sonar.

—Géminis.

—¡Yo también!

—¿De mayo o junio?

—De mayo. Nací el veintiséis —añadí.

—¿Qué dices? ¡Y yo! —gritó eufórica.

Dejé de leer la entrevista y me giré hacia ella.

—¿Qué?

Asintió sonriendo…

—¡Mira! —señaló con el dedo hacia un cuadro que había en la pared del fondo.

Seguí la dirección de su dedo y cuando vi aquel cuadro marrón, con fondo amarillo, que contenía su partida de nacimiento, y que era exactamente igual que el mío, exclamé…

—¡Yo nací un cuarto de hora antes!

Giré la cabeza y la cara de Marta era un poema. Imagino que la mía era exactamente la misma. Nos olvidamos de Hombres G y nos pusimos a hablar de aquella increíble casualidad.

CAPÍTULO 3

UNA NUEVA ETAPA



CADA ETAPA de la vida es distinta; sin embargo, todas tienen el mismo denominador común: descubres y experimentas.

Marta y yo acabábamos de cumplir catorce años. Nos estábamos adentrando en esa especie de catarsis llamada adolescencia.

¿Cómo se comportaría esta con nosotras?

No tenía respuesta para esa pregunta. Tendríamos que vivirla, al igual que habíamos hecho con la niñez y la infancia. De lo que sí éramos conscientes era del cambio de nuestros cuerpos y de que las miradas hacia el sexo opuesto comenzaban a ser distintas.

En apenas cuatro meses nos hicimos inseparables. Amigas de verdad. La confianza era mutua.

Aquel último viernes de septiembre amaneció precioso. El sol brillaba en todo su esplendor y la temperatura era muy cálida. El otoño había entrado apenas unos días antes, pero hacía una mañana auténticamente primaveral.

A finales de junio, Marta y yo supimos que habíamos coincidido en el mismo centro de segunda enseñanza y nada nos pudo hacer más ilusión.

Aquella mañana, no sé cuál de las dos caminaba más nerviosa. Nos dirigíamos hacia el primer día de instituto. No sería más que una simple presentación. Recogeríamos el horario escolar y conoceríamos a nuestros nuevos profesores y compañeros.

Atrás habíamos dejado la E.G.B. y ahora tocaba enfrentarse a nuevos retos y nuevas experiencias.

Marta, para ese primer día de presentación, eligió unos vaqueros negros clásicos y una camisa blanca. Yo llevaba un pantalón blanco tobillero y una camiseta de rayas blancas y azules.

La avenida de Madrid es ancha y larga; es la columna vertebral de la ciudad. El tráfico en ella es intenso, pero nosotras caminábamos felices, mezclando el eco de nuestras voces con el ruido ensordecedor del tráfico.

—¡Te va a gustar!

—¡No me va a gustar!

—¡Les gusta a todas las chicas! —afirmó.

—¡Vamos a dejar claro una cosa! —me detuve en seco y agarré a Marta del brazo para detenerla.

—¡Que te guste a ti y le guste a media humanidad —señalé el entorno con ambas manos— no quiere decir que me tenga que gustar a mí!

—¿Nos apostamos algo? —me retó, poniendo los brazos en jarras— Resoplé y reanudé el

paso dejándola por imposible.

Desde luego, ¡qué pesadita estaba con el tema, era temible cuando se le metía una cosa en la cabeza!

—¡Y a mí no me gusta! —aclaró siguiéndome— ¡Yo siempre te he dicho que está buenísimo y…

—¡Y que el nombre que tiene te encanta! —la corté terminando la frase por ella. Reímos…

Hablábamos de David Martín…

UNOS DÍAS ANTES...

Quedamos para ir al instituto a ver el listado de aulas.

Ya en el vestíbulo del centro, nos dirigimos hacia el tablón de anuncios…

—¡Bien, estamos en la misma clase! — gritamos a la vez.

Echamos un último vistazo a aquella lista por si conocíamos a algún chico o chica, cuando Marta, llevándose las manos a la cabeza, gritó…

—¡Ahhh!

Y automáticamente comenzó a dar pequeños paseos mientras repetía como si fuese una letanía… «¡Qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte…!».

—¿Qué pasa?

No me escuchó.

—Marta, ¿me puedes decir qué pasa?

Nada, seguía igual.

¿Qué había visto?

—¡Marta! —exigí— ¿Me puedes decir qué pasa?

—¡Que David Martín y sus amigos están en nuestra clase! —soltó abriendo los brazos.

—¿Y quién es David Martín? —la imité en el gesto.

Entonces, comenzó a reírse. Cada segundo que pasaba más y más se reía.

¿Qué chiste me había perdido?

Yo miraba a un lado y a otro, seguía sin entender nada. Ella, segundos después, dejó de reír y cambiando algunas palabras de la canción Qué triste es el primer adiós, de Onda Vaselina, canturreó…

Daun dubidú daun daun…
Shubidubi daun dubidú daun daun…
Shubidubi daun dubidú daun daun…
Decían que llegaste a la edad…
En la que te vas a enamorar…

Entonces, la que se echó a reír, fui yo. Definitivamente mi amiga había perdido la neurona que le quedaba. Giré sobre mis talones y salí del centro. Segundos después, Marta, me siguió.

CAPÍTULO 4

PIPIOLAS



LLEGAMOS al instituto con el corazón latiendo a mil y nos dirigimos hacia la que iba a ser nuestra aula durante todo aquel año. Era alargada y rectangular, y en ella había tres filas de pupitres: los individuales se encontraban a la izquierda, junto a la pared; los dobles en el centro, y los triples, al fondo, junto a las ventanas.

Fuimos de las primeras en entrar, por lo que no tuvimos problemas en elegir sitio.

—¿Nos sentamos ahí? —pregunté señalando la fila de pupitres dobles.

Asintió.

Elegimos la segunda fila.

El aula estaba casi completa cuando cuatro chicos en fila india hicieron su aparición…

—¡El segundo es David Martín!

—¿Ese?

¿Ese niño pijo, alto, canijo, desgarbado y despeinado era el famoso David Martín? ¿El que decía mi amiga que les gustaba a todas las chicas? Sin duda alguna, Marta había perdido el juicio.

—¡Pues a mí no me gusta!

Me miró como si fuese un bicho raro.

El cuarteto de niños pijos, ¡sí!, los cuatro lo eran. Seguían allí, delante de la pizarra mirando qué pupitres quedaban libres.

Nosotras observábamos cómo ellos se repartían los asientos. No nos dimos cuenta de un detalle: los cuatro pupitres que quedaban libres eran en la fila de los dobles, la nuestra. Y casualmente, los dos primeros; justo delante de nosotras, y los dos últimos.

David y Tino, se sentaron delante de nosotras. Óscar y Javier, al final.

Marta me miró con las cejas levantadas y yo la miré llevándome el dedo a la boca. Estaba cansada de que no dejase de hablarme de aquel chico.

Pasaban dos minutos de las diez cuando un señor moreno y de unos cuarenta años entró en el aula cerrando la puerta tras de sí.

—¡Buenos días y bienvenidos al Instituto Jabalcuz! —saludó sonriente.

Le devolvimos el saludo.

—Soy Rafael Landero, vuestro tutor y profesor de Lengua Española. —Abrió la carpeta de piel negra que llevaba en la mano y sacando un folio, añadió…

—Comenzaré pasando lista. Cuando os nombre, levantad la mano y decid: aquí; así os voy poniendo cara y vuestros compañeros también podrán ir conociéndoos; ¿entendido?

Asentimos.

El docente iba nombrando.

Y nosotros actuábamos tal y como él nos había dicho. El resto giraban la cabeza buscando al mencionado.

—Marín Dávila, Yolanda

—¡Aquí! —contesté levantando la mano.

David y Tino miraron hacia atrás. Cuando los ojos del primero se encontraron con los míos, noté esa sensación que sientes en el estómago cuando estás subida en una montaña rusa y se detiene para comenzar a descender rápidamente. Reconozco que aquellas pupilas me dejaron embelesada. David tenía un ojo de cada color. El derecho era verde claro y el izquierdo de color miel. Me sonrió levemente y yo le respondí con el mismo gesto.

—Martín Olmos, David —mencionó a continuación el tutor.

—Menuda casualidad, uno detrás del otro en la lista —masculló Marta.

Ignoré el comentario.

Él reprodujo el mismo gesto que hacíamos todos los demás. De nuevo giró la cabeza hacia atrás y volvimos a mirarnos. Entonces me guiñó un ojo y mis mejillas adquirieron el color de las amapolas. Bajé la mirada dejando escapar una tímida sonrisa. Me sentí como esa niña pequeña que se esconde detrás de las piernas de su madre porque le da vergüenza hablar.

—Ha mirado hacia atrás para ver si tú lo mirabas —apuntó «la celestina».

Puse los ojos en blanco. Y ella tarareaba la misma canción que canturreó el día que vinimos a ver las listas…

Daun dubidú daun daun…

Shubidubi daun dubidú daun daun…

Shubidubi daun dubidú daun daun…

Decían que llegué a la edad…

En la que pronto me iba a enamorar…

La miré llevándome un dedo a la sien. Ella me miraba sonriendo.

Rafael Landero terminó de pasar lista y a continuación copió el horario escolar en la pizarra. Este sería partido: por la mañana, de nueve a una y media. Y por la tarde, de cuatro a siete.

—¿Dos horas de mates seguidas? — preguntó despectivamente Lulú—. Su nombre era Lucía Luque, aunque, minutos antes, cuando el docente mencionó su nombre, dijo que por favor la llamasen por ese diminutivo porque era más corto y bonito.

Marta y yo intuimos que sería problemática y, desde luego, no nos equivocamos.

Comenzaron a oírse resoplidos y más quejas.

—¡Ostras, gimnasia; a primera hora del lunes y a última del viernes! —exclamó la misma de antes tirando el bolígrafo sobre la mesa.

—Por más que os quejéis, el horario no se va a cambiar —afirmó Rafael Landero—. Terminó explicándonos cómo sería aquel primer año y se despidió de nosotros hasta el próximo lunes que comenzarían las clases oficialmente.

Empezamos a abandonar el aula, y poco después, el centro. Una vez en la calle sentí emoción y miedo. Exactamente lo mismo que sentía el seis de enero cuando era niña. Cada año, como todos los niños, esperaba con ilusión la llegada de los Reyes Magos. Aquella mañana era mágica, única. Me levantaba con los nervios a flor de piel. Salía de la cama y corría por aquel interminable pasillo hacia el salón. Cuando llegaba por fin, y veía todo lo que allí había, sonreía

al tiempo que los nervios se disipaban en el aire. Aquello era una fiesta.

Comenzaba a abrir regalos entusiasmada, S.S.M.M. se habían superado con creces; sin embargo, una vez los tenía todos abiertos, un pensamiento invadía mi mente…

«¿Será lo mismo el año que viene?».

No la respondía. Me daba miedo.

¿Y si dentro de un año no había nada?

Mejor olvidar la pregunta y dejar que la vida, el destino, o lo que sea, siguiese su curso.

Aquella mañana me sentí igual. Imaginé una cosa, y eso se superó. El instituto, en cuanto a profesorado, era uno de los mejores; el aula me gustó, tendría a mi mejor amiga como compañera de pupitre, y conocí a David, el primer chico que haría que me sintiese especial…

«¿Será igual el primer día de segundo de B.U.P.?».

Y al igual que el seis de enero, no contesté.

—¿A que te ha gustado?

Resoplé. ¡Menudo camino de vuelta me esperaba!

—¿Otra vez con el mismo tema? ¡Déjalo ya!

Marta pasó de mí. Y por enésima vez volvió a contarme que ella los conocía del colegio, volvió a recordarme todas y cada una de las travesuras que hicieron, y que las niñas suspiraban por ellos, concretamente, por David.

No había duda de que eran la típica pandilla que ellas adoran y ellos odian. Cada uno de ellos tenía un papel asignado. David el de rompecorazones. Tino el de borde y descarado. Javier era el bromista. Y Óscar, el bonachón.

—¡*Pipiolas*! —nos gritaron dos chicos al llegar a la esquina de la calle Isaac Albéniz.

Nos habían hablado de las novatadas y de cómo actuar. Nos aconsejaron que si alguien nos llamaba *pipiolas* actuásemos como si no hubiésemos escuchado nada y siguiésemos nuestro camino. Y eso mismo, fue lo que pretendimos hacer. Además, intentamos no mostrar nerviosismo alguno, sin embargo, ellos agilizaron el paso; y nosotras, inconscientemente, también. En dos zancadas, nos rodearon. Uno se colocó delante de nosotras, y el otro, detrás.

—¡*Pipiolas*! —dijo con prepotencia el pelirrojo que se puso delante de nosotras, cortándonos el paso—. ¿Qué tal el primer día?

Marta resopló.

—¡Déjanos pasar! —pedí, intentando mantenerme tranquila.

—¿Por qué? —bramó el moreno.

—¡Que nos dejéis pasar! —exigió Marta.

—¡Qué genio tiene la *pipiola*! —se burló el primero.

—¿Sabéis qué significa esto? —preguntó con chulería el moreno, sacándose cuatro huevos blancos, dos de cada bolsillo de la cazadora vaquera que llevaba.

—¡Ni se te ocurra! —amenacé levantando el dedo índice.

Ellos se miraron, y en décimas de segundo tuve dos huevos estrellados en mi cabeza.

—¡Gilipollas! —gritó Marta.

Y cuando el pelirrojo iba a estamparle otros dos huevos a ella, escuchamos…

—¿Por qué no me los tiráis a mí?

Ni el pelirrojo ni el moreno querían enfrentarse a aquel que había aparecido de pronto, así que desaparecieron a la velocidad de la luz.

Nosotras nos miramos.

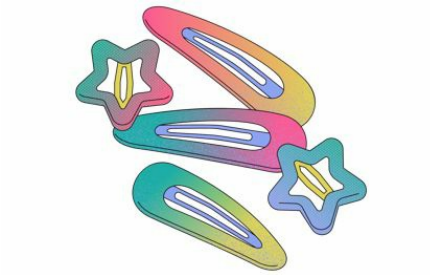
—¿Estáis bien? —preguntó con la mirada puesta en mí.

Marta asintió.

A mí se me encharcaron los ojos y comencé a correr como alma que lleva el diablo.
—¡Yolanda… Yoli… Espérame!
Cuanto más me llamaba Marta, más me alejaba yo de su campo de visión.
Y antes de salir corriendo ella también, tímidamente dijo…
—¡Gracias, David!

CAPÍTULO 5

¿QUIÉN ES DAVID MARTÍN?



LLEGUÉ a mi casa hecha un mar de lágrimas.

—¡Mamá! —sollocé.

No necesitó preguntar qué me había pasado. Mi apariencia, hablaba por sí sola.

—¡Hija! —me abrazó.

Segundos después, se separó de mí y nos fuimos al salón.

Nos sentamos en el sofá de piel de tres plazas, que estaba al fondo, justo debajo del gran ventanal; a ambos lados de él, haciendo juego, había un sofá individual. Los tres eran de color verde aceituna.

Yo no podía dejar de llorar.

Mi madre se levantó y fue a la cocina a por un vaso de agua.

—Bebe un poco —me dijo, ofreciéndomelo al volver.

Bebí un par de sorbos. Sostuve el vaso con una mano, y con la otra, me limpiaba aquellas lágrimas imparables que salían de mis ojos en forma de cascada.

—Yolanda, sabías que esto te podía pasar, ¿verdad? —afirmó señalándome de arriba abajo. Asentí hipando.

—¿Entonces?

Bajé la mirada.

Y en aquel momento, mi madre supo que el huevo que llevaba en el pelo y en mi indumentaria, no era el motivo de mi llanto. Mis ojos le contaron aquello que mi boca no dijo.

Volvió a sentarse a mi lado.

—¡Mírame! —dijo, tirándome del mentón.

Obedecí.

—Hija, no puedes ponerte así porque te hayan hecho una novatada, ya te dije que tu vida va a cambiar a partir de ahora. Te pasarán cosas buenas, regulares, malas y…

—¡Es que me ha visto David Martín así! —grité cortándola y «señalándome» de arriba a abajo.

Ahí estaba el motivo de mis lágrimas descontroladas. Tenía nombre y apellido.

—¿Y quién es David Martín? —me preguntó mordiéndose los labios para no sonreír.

Y al escuchar a mi madre pronunciar aquel famoso nombre, me ruboricé. Entonces, sí que sus labios dibujaron una sonrisa.

¿Qué quería decir eso?

¿Me había gustado tal y como decía Marta?

Dejé el vaso de agua en la mesa y salí corriendo hacia el cuarto de baño a ducharme.

Mi madre dejó escapar un suspiro y se quedó allí sentada.

Sin duda alguna, su niña, ya no era tan niña. Se había convertido en toda una adolescente. Y los problemas, a partir de ahora, adquirirían un nuevo calibre.

CAPÍTULO 6

GRACIAS



EL FIN de semana pasó lento. El viernes por la tarde, Marta y yo hablamos por teléfono y le pedí que no me hablase de David. Resopló y aceptó. ¿Qué otra opción tenía? Marta pasó el sábado en casa de unos familiares y yo, gran parte del día, forrando libros de texto. Entre los de Iván y los míos tuve para varias horas. El domingo quedamos en vernos en su casa y la tensión que había en el aire podía cortarse con un cuchillo. ¿Por qué? Jamás nos había pasado algo así. La voz de David Summers sonaba más fuerte que nunca y es que hasta ese momento jamás habíamos escuchado la música de Hombres G tan calladas.

—Nos vemos mañana en *la esquina* a las ocho menos cuarto —afirmé despidiéndome de ella.

Marta asintió.

Cuando nos conocimos establecimos un punto intermedio para vernos cada vez que quedásemos y el lugar elegido fue la esquina del convento de Las Bernardas.

En casa noté que mi madre también quería preguntarme por ese tal David; sin embargo, no lo hizo. Sabía que se lo contaría cuando estuviese preparada. Desde pequeña me dejó bien claro dos cosas: una, que éramos madre e hija y no amigas *súper guays*. Y dos, que confiara en ella. Como madre me ayudaría siempre y nadie mejor que ella podría aconsejarme. Por supuesto, siempre dentro de unos límites y unas normas.

El lunes amaneció precioso. El veranillo de San Miguel estaba dando sus últimos coletazos. Me vestí con un pantalón azul marino de algodón y una camisa blanca. Cogí un jersey fino de hilo en color rojo y me lo anudé al cuello.

—¡Buenos días! —saludé al ver a Marta llegar—. Mi amiga optó por ir vestida de su color favorito, el negro. Vaqueros y camisa de manga larga remangada.

—¡Buenos días! —contestó cortésmente.

Comenzamos a caminar en silencio por las angostas y típicas calles del centro. Minutos después desembocaríamos en la columna vertebral de la ciudad: la avenida de Madrid. Al dejarla atrás nos adentraríamos en el Polígono del Valle, el barrio donde estaba situado el instituto. Aquella mañana el sonido ensordecedor del tráfico retumbaba más que nunca en nuestros oídos.

—¡Llegamos! —susurré al llegar cuarenta minutos después.

Marta dejó escapar un suspiro. Entramos y nos dirigimos a nuestra aula.

Los pupitres que ocupamos el viernes anterior estaban libres, por lo tanto, nos volvimos a sentar en ellos. Serían nuestros sitios el resto del año.

Un par de minutos después, llegaron ellos, me refiero, al famoso cuarteto.

Todas las chicas clavaron los ojos en David, pero este ni se inmutó. Estaba más que

acostumbrado a ello.

—Yo prefiero estar solo —apuntó Javier señalando con la mano hacia la fila de los pupitres individuales.

—¿Nos sentamos nosotros tres juntos? — propuso Tino.

David y Óscar asintieron.

El primero eligió el pupitre individual que quedaba alineado conmigo. Sus amigos miraron hacia las ventanas y…

—No tenemos mucho donde elegir. O los segundos o los últimos —afirmó Óscar mirando a sus amigos.

—Yo prefiero aquí —contestó David señalando la segunda fila.

—Y yo —terminó diciendo Tino.

Este último se sentó pegado a la ventana, Óscar en el medio y David en el extremo. Dos baldosas más allá, alineadas con ellos, nos encontrábamos nosotras, sobre todo, Marta.

Ella me miró de soslayo. Y yo disimulé.

—¿Te cambio el sitio? —masculló mi amiga rompiendo el silencio.

La fulminé con la mirada.

—¡Tranquila, pues sí que te ha sentado mal conocer a David Martín! —me dijo levantando las manos a modo de defensa.

Sonreí de medio lado. Un fin de semana sin hablarme de aquel guaperas fue su mayor sacrificio.

El aula ya estaba completa, faltaba que en cualquier momento llegase el profesor de matemáticas para inaugurar el curso escolar; y mientras llegaba, entre David y yo, comenzó un baile de miradas y sonrisas, que ninguno de los dos, podía parar.

Una hora después, la primera clase había terminado. Teníamos cinco minutos antes de la siguiente asignatura. Algunos alumnos y alumnas comenzaron a salir al pasillo, y otros tantos se quedaron sentados en sus pupitres hablando con sus nuevos compañeros.

David se levantó de su asiento y apoyándose en la mesa de Marta me preguntó…

—¿Qué tal?

—¡Bien! —respondí tímida.

Marta se levantó diciendo que iba al baño.

¿Me va a dejar sola?

—¡Gracias! —susurré.

—¿Graciasporqué?—preguntóél encogiéndose de hombros.

—Por defendernos el viernes.

Sonrió orgulloso.

Y así nos quedamos. Él apoyado en la mesa. Yo sentada. Y ambos dedicándonos tiernas miradas y dulces sonrisas. Como si viniese de ultratumba, escuchamos la campana sonar; el cambio de clase había terminado. David volvió a su pupitre y Marta también.

—Mírame a los ojos y dime que no te gusta David —me pidió.

Resoplé.

—¡Nome gusta David! —afirmé mirándola tal y como me había pedido.

—¡No te creo! —exclamó enfadada.

—¡Ese es tu problema! —sentencié.

Mi amiga no fue al baño. Se quedó escondida detrás del quicio de la puerta observándolo todo.

CAPÍTULO 7

EDUCACIÓN FÍSICA



NERVIOS, ilusión y emoción. Esos fueron los ingredientes de aquel primer día de clase. Si la mañana estuvo aderezada con infinidad de miradas y sonrisas, la tarde estaría aliñada de endorfinas. De seis a siete nos tocaba Educación Física.

Juan Fergó, el profesor de la materia, nos contó en qué consistiría la asignatura y cómo se dividiría. Un día estaría dedicado a ejercicios físicos y otro a un deporte. Este sería distinto en cada uno de los trimestres. Empezaríamos con voleibol, seguiríamos con baloncesto, y terminaríamos con bádminton. Al principio de cada evaluación tendríamos unas pruebas físicas que tendríamos que ir igualando o superando en cada uno de los trimestres. Una de ellas era la más temida por todos los alumnos del centro.

—¡Es demasiado empezar con esta prueba! —espetó Lulú.

—Así os la quitáis enseguida —le contestó sonriente Juan Fergó.

La prueba consistía en darle la vuelta al centro corriendo. El recorrido era de un kilómetro aproximadamente y tenía cuatro tramos. Comenzaba con una moderada pendiente hacia abajo y continuaba con todo lo contrario. El tercer tramo era el más largo: una gran recta; y el cuarto terminaba con otra pendiente hacia abajo, esta mucho más pronunciada que la primera.

Y allí, en la puerta de aquel centro nos encontrábamos mis compañeros y yo esperando realizar dicha prueba...

—¿Os habéis enterado?

Asentimos.

—¡Pues allá vamos! —exclamó mirándonos a las chicas.

—Recordad, una vez hayan salido ellas, vosotros os colocaréis y saldréis un minuto después, ¿entendido?—insistió mirando esta vez a los chicos.

—¡Sí! —exclamaron al unísono.

—¡A la de una, a la de dos y a la de tres! —silbó y comenzamos a correr.

El primer tramo lo hicimos casi todas juntas en pelotón. El segundo era el que más costaba: debíamos correr cuesta arriba y aquí, la mayoría de mis compañeras, entre ellas, Marta, comenzaron a detenerse. Yo no me detuve en ningún momento, y en ese tramo, comencé a destacar. Ya en el tercero la diferencia que le sacaba al resto de mis compañeras era notable. Hice toda la carrera con la misma intensidad, aún no había acabado el tercer tramo cuando sentí una presencia detrás de mí: «¿Quién de ellas ha avanzado tanto?». No miré hacia atrás. No me importaba quién fuese. Estaba disfrutando con la carrera y quería llegar la primera, por lo tanto, lo único que tenía que hacer era seguir corriendo.

El último tramo fue el más fácil. La gran pendiente hacia abajo me ayudó a coger más

impulso y llegar a la meta, justo cuando entraba esa persona que llevaba pisándome los talones desde el tercer tramo. Se puso a mi derecha y entramos a la vez. En ese momento, tampoco giré la cabeza hacia ella, yo seguía mirando hacia el infinito: «¡Me ha alcanzado ya en la meta, debería haber cogido más impulso en este último tramo!». Me sentí decepcionada.

—¡Cinco y cuatro! —escuché—. Seguid caminando, no os detengáis.

Y al escuchar dos tiempos distintos con la diferencia de un minuto entre ellos, fue cuando giré la cabeza y me encontré con un…

—¡Enhorabuena! —dijo David guiñándome un ojo.

—¡Gracias! —respondí tímida—. ¡Enhorabuena a ti también!

Mis mejillas se sonrojaron, pero como estaba colorada de la carrera, pude disimularlo.

Cuando el resto de mis compañeros llegó, el profesor nos dirigió al gimnasio para hacer estiramientos y dar por finalizada la clase de aquel día.

Minutos después, cuando la campana sonó a las siete, todo el instituto sabía que David Martín y una tal Yolanda Marín habían llegado juntos en la prueba de la vuelta al instituto.

¿Quién es Yolanda Marín?

Fue la pregunta que escucharía a partir del día siguiente.

¿Por qué querían saber quién era yo?

¡Menudo inicio de año escolar!

CAPÍTULO 8

HISTORIA CONTEMPORÁNEA



A FINALES de octubre ya estábamos completamente adaptados. Profesores y alumnos ya nos conocíamos. Todas las chicas del instituto ya sabían quién era David Martín. Las que no mostraban ningún interés en él, eran las alumnas de C.O.U.; ellas tenían tres años más y se veían demasiado mayores para un pipiolo. Sus vistas eran los universitarios; en poco menos de un año, ellas estarían estudiando en la universidad.

Durante esas primeras semanas, las miradas entre David y yo fueron diarias; sin embargo, ninguno de los dos era capaz de acercarse al otro para hablarle.

—¡David Martín está en mi clase! — escuchaba continuamente por los pasillos del instituto.

—Te lo dije, en el colegio pasaba exactamente lo mismo —me repetía una y otra vez Marta.

—¿Y esto también? —le pregunté señalando hacia la puerta del aula.

Mi amiga asintió sonriendo.

Cada cambio de clase era un verdadero espectáculo. Yo jamás había visto algo parecido. Nada más sonar la campana que marcaba el principio o final de una hora lectiva, las chicas de otras aulas se venían a la nuestra y se colocaban en la puerta para ver salir o entrar a David. Aquello era como una pasarela de moda: formaban dos largas filas para ver desfilar a su modelo favorito.

Marta y yo veíamos la función desde nuestros pupitres.

Era miércoles y nos tocaba Historia Contemporánea de cinco a seis. Lola Llorente, la profesora, entrando en el aula nos informó…

—La clase de hoy la daremos en el Departamento; solamente necesitaréis el libro de texto; lo demás, os lo daré yo allí, ¿entendido?

Asentimos.

—¡Seguidme! —ordenó.

Lola Llorente era la profesora más elegante del centro. Siempre iba conjuntada. Prendas, zapatos, accesorios y maquillaje; todo ello empastaba entre sí.

Desde siempre me ha gustado la moda; y aquella profesora, fue uno de mis primeros referentes.

Ya en el Departamento de Historia, Marta y yo, nos sentamos al fondo, junto a las ventanas.

Como siempre, los últimos en entrar fueron los del famoso cuarteto. Óscar, Javi y Tino se dirigieron hacia el lado opuesto, es decir, junto a la pared.

—Tío, ¿dónde vas? —le gruñó Óscar a David.

—¡Paso de sentarme ahí!

—Voy a sentarme allí, que están las ventanas y hay más luz —dijo señalando el pupitre que

había justo delante de mí.

Marta me miró sin decir nada. Los amigos de David se miraron extrañados y Tino, señalándolo con la mano, les gruñó a Óscar y Javi…

—¿Y a este qué coño le pasa?

Ellos se encogieron de hombros.

Dimos la Prehistoria: concepto y etapas. Toda la explicación estuvo acompañada por diapositivas. Antes de finalizar la clase, la profesora, nos repartió un folio en formato din-A4 y nos mandó realizar un dibujo, referente a la vida en el Paleolítico, para el próximo día.

—¿Qué? —me quejé.

Marta sonrió.

Sabía que odiaba el dibujo, era la asignatura que peor se me daba. Ella se defendía.

—¡Espero que no cuente como nota para el examen! —mascullé.

—¿Quieres que te ayude? —dijo David girándose hacia mí.

Me quedé mirándolo sin saber qué responderle; era hablarme o mirarme, y quedarme sin palabras.

Miré a mi amiga de soslayo y ella disimuló girando la cabeza hacia el lado contrario.

—¡Me encantaría! —me oí decirle con un hilo de voz.

La clase terminó y volvimos a nuestra aula.

A última hora nos tocaba Inglés.

Eran las seis y cuarto y Luisa Caparrós, la profesora de dicha materia, aún no había llegado. El alboroto que teníamos era tal que el bedel tardó nada y menos en aparecer.

—¡Silencio!

Nos callamos.

—¿Qué clase tenéis ahora?

—Inglés —respondimos.

—Vuelvo en unos minutos. Mientras tanto, quiero oír el vuelo de la mosca —A penas se había dado la vuelta para salir del aula, cuando escuchó…

—Zzz... Zzz… Zzz…

Era el grupito de los rebeldes de la clase imitando al citado insecto. Dicho grupo estaba formado por Guillermo, al que le llamaban «gominola» y no porque fuese guapo, sino por la gomina que llevaba todos los días en el pelo. También, por Jesús y por Fernando. Los tres eran repetidores y habían sido expulsados del centro el año anterior durante un par de semanas.

Pedro, el bedel, se giró y los miró señalándolos con el dedo índice, pero ellos seguían…

—Zzz... Zzz… Zzz…

En ese mismo momento apareció detrás de él el jefe de estudios, anunciando que la profesora de Inglés había tenido un problema y no tendríamos clase.

—¡Bien, nos vamos una hora antes!

Y antes de que me diese tiempo a recoger mis cosas, David me dijo…

—¿Quieres que nos quedemos y hacemos el trabajo de historia?

Mi amiga respondió por mí…

—Yoli, ¡nos vemos mañana!

¿Se iba a ir?

¿Sería capaz de dejarme a solas con David?

Pues sí, Marta, mi amiga del alma, me dejó a solas con él, y ella se fue, más ancha que larga.

David ocupó el pupitre de mi amiga y mis manos adquirieron vida propia.

¿Por qué?

Él cogió su lápiz y el folio que nos había dado la profesora de historia y comenzó a hacer trazos.

Yo lo observaba dibujar embobada.

—¿Te gusta?

—¡Sí!

—¡Para ti! —Dijo entregándomelo—. ¡Ya tienes el dibujo hecho!

—¡Gracias!

Con manos temblorosas, cogí el folio que él me entregaba. Por supuesto, David, se dio cuenta de ese detalle; y a él, le gustó. Lo sé, por cómo me miró, sus ojos brillaban al igual que los míos. Era la primera vez que sentía algo así y la sensación me encantó y horrorizó a partes iguales.

¿Por qué?

¿Qué quería decir eso?

¿Sería eso bueno?

Recogimos y salimos del aula.

Comenzamos a caminar uno al lado del otro. Él llevaba los libros debajo del brazo; yo, apoyados en la cadera. Quería hablarle, pero no me salían las palabras; y sentí que él también quería hablarme, pero no sabía de qué. Durante aquel trayecto, solamente hicimos dos cosas, mirarnos y sonreírnos.

—Vivo aquí —dijo señalando hacia el bloque de pisos que quedaba a nuestra izquierda.

Nos detuvimos.

—A mí aún me queda un largo paseo — afirmé.

—¡Hasta mañana! —se despidió con su habitual guiño de ojos.

Ese gesto me encantaba. Cuando lo hacía, los latidos de mi corazón se disparaban y yo me sentía distinta a las demás.

—¡Hasta mañana!

Retomé el camino. Unos metros más allá miré hacia atrás y aún estaba en la puerta de su casa mirándome.

Sonreí, giré la cabeza y continué andando.

¿Quién me iba a decir, que aquel alto edificio acristalado, por el que había pasado miles de veces, se convertiría en el más bonito de la ciudad para mí?

CAPÍTULO 9

GOLPE BAJO



ME DETUVE y volví a mirar hacia atrás. David ya no estaba en la puerta. Suspiré. Entonces la banda sonora de la serie de televisión *Heidi* vino a mi mente. Cuando la escuchaba años atrás me parecía absurda. Aquella tarde le encontré sentido. La canción decía…

Abuelito, dime tú: ¿qué sonidos son los que oigo yo?
Abuelito, dime tú: ¿por qué yo en la nube voy?
Dime, ¿por qué huele el aire así?
Dime, ¿por qué yo soy tan feliz?
Abuelito, nunca yo de ti me alejaré.

Entendí a *Heidi* mejor que nunca. El resto del camino lo hice volando en una nube. El aire olía a ilusión. Los ruidos del asfalto sonaban como la Orquesta Filarmónica de Viena. Me sentí feliz. Y lo mismo que aquella pequeña decía que jamás quería alejarse de su abuelito, yo también sabía quién quería que estuviese siempre a mi lado.

—¿Y esa sonrisa? —me preguntó mi madre al verme entrar.

Me encogí de hombros. No volvió a preguntarme nada más. Siguió dándome el tiempo que necesitaba para desahogarme con ella.

A la mañana siguiente me desperté con el mismo grado de euforia. Cuando llegué a *la esquina* Marta ya estaba allí.

—¡Buenos días! —saludé sonriente.

—¡Buenos días! —respondió con tono seco.

Llevábamos días distantes. Hablábamos lo estrictamente necesario. La confianza entre ambas siempre había sido mutua. Nunca hubo secretos entre nosotras y Marta comenzó a pensar que esto por mi parte no era así. Se sentía decepcionada.

La tarde anterior se quedó esperando esa llamada que no realicé. Me puse en su lugar y la entendí.

Entonces… ¿Por qué no lo hice? No lo sé. Mentira. Sí lo sabía. Tenía nombre propio y se llamaba, timidez.

Iniciamos el paseo diario en silencio. Minutos después comenzamos a hablar de cosas sin importancia: que si la noche anterior su padre le regañó cuando a las doce de la noche todavía estaba escuchando a Hombres G. Que mi madre aquella mañana no me dejó ponerme los

pantalones de cuero marrones con los que me veía guapísima. Que ambas queríamos ir a la fiesta del próximo sábado y nuestros progenitores no nos dejaban. Que ella no entendía los ejercicios de Matemáticas. Que yo había pasado todos los apuntes de Historia Contemporánea a limpio.

—¡Hablando de Historia Contemporánea! —Escupió malhumorada—. ¿Qué pasó ayer con David?

¡Boom! ¡Explotó la bomba!

—Nada —Intenté disimular, pero el rubor de mis mejillas, me delató—. ¿Por qué tenía que pasar algo?

—¡Porque cuando dos personas se gustan es normal que entre ellos surja algún tipo de acercamiento! —gritó.

—¿Qué dices?

Nos detuvimos y nos aguantamos la mirada. Segundos después reanudó el paso. Yo lo hice unos instantes después. Y así llegamos aquel día al instituto, una delante y la otra detrás. Ella pensando en mí, y yo, en ella. Estuvimos toda la mañana sin hablarnos. A última hora volvió a tocarnos Historia Contemporánea.

Lola Llorente tras saludarnos nos informó de que comenzaríamos la clase entregándole los dibujos que nos había mandado la tarde anterior. Nos fue llamando por orden de lista. Cuando llegó mi turno hice exactamente lo mismo que mis compañeros. Tras levantarme, me acerqué hasta el escritorio de la profesora y le entregué el folio. Me coloqué a un lado mientras ella lo valoraba. Lo observó, y con un rotulador rojo escribió una B rodeada de un círculo en la parte superior derecha. Me miró, y asintiendo con la cabeza, me lo entregó. Volví a mi sitio más ancha que larga. Al sentarme, David, se levantaba del suyo. Le tocaba el turno a él. Al cruzarnos, nos miramos fugazmente y sonreímos.

—¿Qué pasa entre vosotros? —nos preguntó Tino al acabar la clase.

David y yo respondimos encogiéndonos de hombros. Esta vez sin mirarnos.

—¡Ojalá tu amigo confíe en ti y te lo cuente! —le respondió agriamente Marta mirándome.

¡Menudo golpe bajo acababa de propinarme mi amiga!

CAPÍTULO 10

¿QUÉ TE PASA?



AQUELLA TARDE LLEGUÉ a casa con los ojos vidriosos. Me dolía estar mal con Marta. Me encerré en mi habitación y me puse a estudiar. Salí cuando mi madre me llamó para cenar. Después me duché, preparé el modelito del día siguiente y fui a la sala de estar a darles las buenas noches a mis padres.

—Yolanda, ¿qué te pasa? —me preguntó preocupada mi madre cuando fui a darle un beso.

—Nada —susurré.

No se lo creyó. Y es que aquella tarde fue completamente distinta. Siempre que llegaba de clase me sentaba con ella un rato y le contaba cómo me había ido el día. Ya en mi habitación me senté en la cama con los pies cruzados y me puse a leer *Los renglones torcidos de Dios*; de Torcuato Luca de Tena.

—Hija, ya ha empezado *Luz de Luna* — afirmó mi madre entrando en mi dormitorio.

—No tengo ganas de verla —contesté con la mirada clavada en aquella página—. Era mi serie favorita. Estaba protagonizada por Bruce Willis y Cybill Shepherd. Ambos hacían de detectives privados y era una mezcla entre drama y comedia romántica.

—Hija, ¿por qué no me dices qué te pasa? —me preguntó sentándose en la cama.

Entonces recordé aquella conversación sobre la confianza que tantas y tantas veces habíamos tenido. Levante la cabeza y la miré. Sus ojos mostraban preocupación y entendí que había llegado el momento de quitarme la coraza y abrirme completamente a mi madre.

—Mamá, me gusta un chico —afirmé con las mejillas al rojo vivo y voz temblorosa.

—¿Es David Martín? —preguntó sonriendo levemente.

Asentí. ¿De verdad pensaba que no lo sabía? Era mi madre. Lo supo en el mismo momento que llegué toda bañada de huevo y con rabia le grité que él me había visto de aquella guisa.

—¿Te he decepcionado? —le pregunté bajando la vista.

—Hija, no confundas responsabilidad con perfección —apuntó cogiéndome del mentón para que volviese a mirarla. Siguió hablándome…

—Yolanda, te has convertido en una preciosa adolescente y es normal que te gusten chicos y que tú les gustes a ellos.

Sonreí levemente.

—Pronto querrás maquillarte y me dirás que te compre tus primeros zapatos de tacón.

—Mamá, sabes que Marta es mi mejor amiga y está molesta conmigo —susurré volviendo a mirar hacia abajo.

—¿Por qué?

—Porque cree que no confío en ella al cien por cien —rumié.

—¿No le has dicho que te gusta David?

Negué con un levemente movimiento de cabeza. Entonces la que suspiró fue mi madre.

—Yolanda, ¡mírame!

Levanté de nuevo la cabeza y la miré.

—¿Cómo te sentirías tú si la situación fuese al contrario?

—¡Es que me da vergüenza decírselo y hablar de ello! —exclamé con los ojos vidriosos.

—Si te has abierto a mí, podrás hacerlo con ella —afirmó sonriendo y transmitiéndome las fuerzas que yo creía no tener para ello.

Tragué saliva.

—Y también te digo que no tienes que ser tan metódica ni tan perfecta.

Ahogué un suspiro.

—Yolanda, no va a pasar nada porque una noche no dejes la ropa del día siguiente preparada —señaló con la cabeza hacia el escritorio donde estaba el modelito que previamente había dejado colocado junto a los libros de texto—. Ni se va a acabar el mundo porque un día no pases los apuntes a limpio o no tengas todos los márgenes alineados. ¿Me entiendes?

Asentí con los ojos desbordados en lágrimas.

—¡Gracias, mamá! —le dije abrazándome a ella.

—Venga, que tu serie favorita te está esperando —afirmó, separándose de mí, y tomándome de la mano para que me levantara.

Aquella noche me acosté convencida de que tenía que superar, no solamente mi timidez, sino también la manía obsesiva de tenerlo todo perfecto.

¿Lo conseguiría?

CAPÍTULO 11

ME GUSTA



A LA MAÑANA siguiente Marta y yo volvimos a vernos en nuestro punto de encuentro.

—¡Buenos días! —exclamé sonriente.

—¡Buenos días! —contestó seria.

Iniciamos el largo paseo sin mirarnos. Ella miraba al frente. Yo hacia abajo. Le conté la conversación que la noche anterior mantuve con mi madre y de soslayo vi que fruncía el ceño.

—¡Me gusta David! —Afirmé bajando el tono de voz—. Y al terminar de decírselo me sentí ligera. Fue como si me hubiese quitado un peso de encima.

Se detuvo. Yo también lo hice. Nos quedamos mirándonos frente a frente.

—¡Lo sé, y no porque el color de tus mejillas hable como lo está haciendo ahora, sino porque soy tu mejor amiga y te conozco!

Sonreí levemente.

—¿Tanto te costaba decírmelo? —La timidez podía conmigo —afirmé encogiéndome de hombros.

—¡Pues si te daba vergüenza contárselo a tu mejor amiga, ¡cómo para confesárselo a David! —exclamó haciendo un gesto gracioso con la mano.

Reímos.

—¡Venga, que llegamos tarde! —dije retomando el paso.

La mañana pasó como una ráfaga de viento. La tarde se hizo más larga. Y a mí, aquel día y los siguientes, se me hicieron interminables debido a la ausencia de David. Estuvo enfermo con gastroenteritis.

Dicen que la realidad supera la ficción. Y aquella tarde pudimos comprobarlo. Habíamos abandonado el aula y empezábamos a descender la escalinata que había frente a la puerta de entrada, cuando un chico que venía por detrás de nosotras dio un traspié y tropezó con Marta, haciendo que a esta se le cayera la carpeta y saliese todo volando…

—¡Imbécil! —Gritó mi amiga al ver todas las fotografías de Hombres G esparcidas por las escaleras—. Los apuntes no le importaron.

—¡Perdona! —Exclamó él poniendo una mano a modo de defensa—. Sus ojos se encontraron y ambos se perdieron en la mirada del otro. Comenzaron a hablar sin palabras. Yo a un lado observaba emocionada la escena como si se tratase del inicio de una película romántica. Segundos después, él giró sobre sus talones y comenzó a bajar las escaleras, mirando hacia atrás hasta que desapareció entre la multitud.

—¡Me gusta! —susurró Marta mirándome.

Entonces recordé una conversación que tuvimos al poco tiempo de conocernos…

Era verano y estábamos paseando por el parque de La Alameda comiéndonos un helado de chocolate.

—¡Qué bueno está! —exclamó girándose para mirar a un chico que acababa de pasar junto a nosotras.

Reí. Esa frase se la decía a casi todos los chicos.

—El día que te guste uno de verdad no te voy a creer, porque te va a pasar como al pastor del cuento —afirmé sonriendo.

—Ese día me oirás decir, ¡me gusta! —aclaró.

—¿Y cuál es la diferencia para ti?

—Cuando digo, ¡qué bueno está!, me refiero a que es un chico guapo, pero no me interesa conocerlo, ni me gustaría salir con él. En cambio, el día que me oigas decir, ¡me gusta!, será porque solamente tendré ojos para él y querré conocerlo y estar con él.

Asentí sonriendo. Marta y sus teorías.

—Entonces, ¿te gustaría salir con ese chico? —le pregunté volviendo al presente.

Asintió embobada.

—¿Me ayudarás?

—¿A qué?

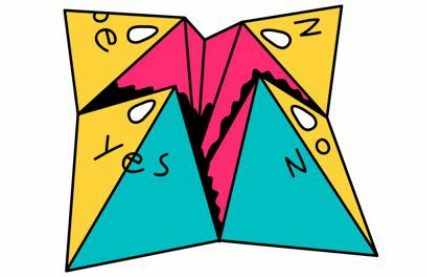
—A saber cómo se llama y en qué curso está —apuntó.

—A partir de mañana seremos *Sherlock Holmes* y *Watson.*

Soltamos una carcajada. Le ayudé a recoger sus cosas y emprendimos el camino de vuelta a casa.

CAPÍTULO 12

«CHICAS COCODRILO»



«SI QUIERES ALGO, lucha por ello, porque del cielo solamente cae agua». Marta se acordó de aquella frase que tantas y tantas veces le había repetido su abuela. Y mi amiga en aquel momento solamente quería una cosa: conocer al chico que le había gustado. Durante los días siguientes, nuestra misión, en los cambios de clase y recreos, fue la de recorrer el resto de aulas y todas las zonas comunes del instituto. Ni rastro del chico aquel.

—Yo creo que no estudia en este centro, y aquella tarde lo viste porque vendría a buscar a alguien.

Marta resopló desilusionada.

Era sábado y estábamos merendando en mi casa. Mi madre había hecho pestiños y a Marta le encantaban. Nos encontrábamos en el salón con la música de nuestro grupo favorito de fondo.

—¡Cómo no se nos ha ocurrido! —gritó cambiando de tema.

—¿El qué? —pregunté encogiéndome de hombros.

—¡Escucha! —apuntó señalando hacia el equipo de música—. Sonaba la canción de *El ataque de las chicas cocodrilo*, concretamente la estrofa que dice…

Pero ya te digo no sé lo que pasa…
Que todos los días me escriben mil cartas…
Llaman a mi casa, y luego no hablan…
Solo se oyen risas, tengo que colgar…

Reí. La entendí perfectamente. Y a pesar del mal tiempo nos fuimos al locutorio que había en la estación de autobuses.

¿Ya se le había pasado a Marta la euforia por conocer al chico aquel? Definitivamente, lo que no consiguiesen los Hombres G, no lo conseguiría nada ni nadie. Salimos a pesar de las quejas de mis padres que decían que hacía muy mal tiempo para estar en la calle.

Debido a los coches que pasaban a más velocidad de lo normal por encima de los charcos que se habían formado en la calzada, a causa de la lluvia, llegamos empapadas al locutorio.

—¿Nos puede dejar la guía telefónica de Madrid? —Le pedimos a la señora que había detrás del mostrador—. Una vez la tuvimos en nuestras manos, estas se fueron al apellido Summers.

—¡Aquí está! —gritó exultante Marta.

—¡Hay tres Summers! —apunté.

—¡Ya, pero el padre de David se llama Manuel, por lo tanto, es este! —aclaró.

Reímos.

—¡Venga llama!

—¡Yo no, a mí me da mucha vergüenza! —confesó.

—¿Qué?

¿No se atrevía a llamar por teléfono a casa de David Summers con lo decidida que era?

—Llamo yo —afirmé.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida.

—¡Claro!

Dicho y hecho. Cogí el teléfono y marqué. Marta estaba tapándose la boca con las manos. Al otro lado del auricular contestó un señor.

—¿Está David? —pregunté.

—No, en este momento no se encuentra, ¿de parte?

—De una fan de Jaén —escuché reír disimuladamente al señor que había al otro lado del hilo telefónico.

—¡Cuelga! —gritó mi amiga quitándome el teléfono de las manos y colgando ella.

—¡Jolín, Marta! ¿Qué has hecho? — bramé.

—¡Me he puesto muy nerviosa, mira! — Exclamó mostrándome las manos—. Estas eran pura gelatina. Era la primera vez que la veía así.

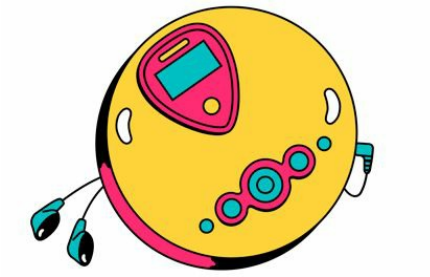
Sonreí.

—¿Ves? ¡Yo también tiemblo por un David! —afirmó.

Ambas reímos y volvimos a casa sintiéndonos chicas cocodrilo.

CAPÍTULO 13

¿Y MI TIMIDEZ?



ESTUVO LLOVIENDO durante todo el fin de semana.

El lunes amaneció nublado. Me despertó un exquisito aroma a café. Salí de la cama y me arreglé.

—¡Buenos días, hija! —exclamó mi madre al verme entrar en la cocina—. Estaba tomándose una taza humeante del líquido que me había despertado.

—¡Buenos días, mamá! —respondí dándole un beso—. Mi desayuno reposaba sobre la mesa: zumo de naranja recién exprimido, tostadas de mantequilla y mermelada de fresa junto con un vaso caliente de *Cola Cao*.

Minutos después, estaba despidiéndome de mi madre cuando sonó el teléfono. Lo descolgó y me hizo un gesto con la mano para que me detuviese.

—¿Qué? —pregunté inquieta ante la noticia que iba a recibir.

Fue la madre de Marta quien llamó para decir que su hija no iría a clase porque había pasado toda la noche con fiebre. Seguramente, la lluvia del sábado y la emoción, fueron los causantes.

Resoplé. Cogí mis libros y me marché al instituto. Caminaba nerviosa por aquella larga avenida. Escuchaba más a los latidos de mi corazón que al ruido intenso del tráfico. La Ley de Murphy dice que, si algo puede salir mal, saldrá mal. Lo comprobé unos metros más allá. Al pasar por el portal de David, este salía de él. El pulso se me aceleró. Estaba guapísimo. Llevaba un jersey amarillo de *Privata*. A pesar del frío que hacía no llevaba nada encima.

—¡Yolanda! —exclamó tirándome del medio recogido que me había hecho.

—¡Jooo! —me quejé tocándome los lazos de

Benetton que llevaba puestos.

Sonreímos y al mirarnos mis mejillas adquirieron ese color que solamente le dedicaban a él: «¡Tengo que ir superando mi timidez!». La semana anterior había sido el Día de Reyes. Esa fue mi excusa para iniciar un tema de conversación. Y con el corazón en la boca, le pregunté…

—¿Qué te dejaron sus majestades?

—Ropa y dinero —contestó con tono resignado.

Sonreí.

—¿Y a ti?

—Ropa y dinero —contesté imitándolo en el tono.

Sonrió.

—Un diario y muchas chucherías —añadí divertida.

—¿Te gusta escribir?

Asentí.

—¿Y escribirás sobre mí? —preguntó guiñándome un ojo—. Aquel gesto me derritió.

—Ya lo hago —afirmé arqueando una ceja.

—¿Y qué has escrito? —preguntó, sorprendido, deteniéndose.

—Eso es privado y personal —apunté deteniéndome yo también.

Sonrió.

Segundos después retomamos el paseo contándonos lo que habíamos hecho durante el fin de semana.

—¡Estáis locas! —exclamó llevándose el dedo a la sien.

—¿Por qué? —pregunté divertida.

—A mí me gusta Marta Sánchez y no se me ha ocurrido llamarla —afirmó haciendo un gesto con la cabeza.

—Porque no tienes iniciativa —solté sonriendo—. Nos miramos y ambos soltamos una carcajada.

Me sentía emocionada. ¿Y mi timidez? ¿Le había dicho adiós? No lo sé. Lo que sí sabía era que por primera vez pude con ella y me gustó.

Llegamos al instituto al mismo tiempo que la alarma comenzaba a sonar. Agilizamos el paso hacia nuestra aula. David entró delante y, a continuación, iba a hacerlo yo cuando tropecé con algo y le empujé a él terminando los dos de bruces delante de la pizarra.

—¡Niñata, ¿de qué vas?! —gritó Tino—Estaba sentado en su pupitre y vio lo ocurrido.

Al levantarnos David y yo, miramos hacia atrás y nos dimos cuenta de todo. Lulú estaba en el quicio de la puerta y al pasar me puso la zancadilla.

—¡Envidiosa! —bramé.

—¿Qué pasa contigo? —le gritó David acercándose a ella.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el tutor entrando en el aula.

Tino, David, Lulú y yo, nos mantuvimos la mirada durante unos minutos.

—¡Nada! —rumié—. Lulú sonrió maliciosamente.

—Lo que pasa es que Lulú lleva tiempo molestando a Yolanda —espetó David, mirándola—. Entonces, ella apretó las mandíbulas y rabiosa, bramó…

—¡Gilipollas!

—¡Señorita Luque, salga del aula y espéreme en el pasillo! —ordenó el tutor.

David y yo sonreímos. Minutos después, empezó la clase. El resto del día fue tranquilo.

CAPÍTULO 14

NO TE PUEDO BESAR

HOMBRES G



MARTA SUFRIÓ una fuerte gripe y estuvo toda la semana sin ir a clase.

Las temperaturas habían bajado unos grados y el viento era muy frío.

El sábado, mi amiga ya estaba mucho mejor y fui a su casa a verla. Tenía mucho que contarle. Se quedó de piedra cuando le expuse todo lo ocurrido con David durante aquellos días. Estábamos merendando unos deliciosos sándwiches cuando el teléfono sonó…

—¡Diga! —contestó.

Al otro lado de la línea nadie habló; sin embargo, los primeros acordes de *No te puedo besar*, comenzaron a sonar…

—¡Ah…! —exclamó Marta haciéndome un gesto para que me acercase al auricular—. Lo hice, y juntas escuchamos aquella bonita canción…

Quiero llamarte por teléfono…
Solo para oír tu voz…
Quiero sentirte cerca y lejos…
Que no me cuelgues ni me digas adiós…

Se emocionó. Sin duda alguna, la persona que estaba al otro lado sabía que le gustaban Hombres G. La canción seguía…

Solo quiero ser feliz…
Poder abrazarme a ti…
Y sentirte respirar…
De la mano pasear juntos…
Porque al llamarte por teléfono…
No te puedo besar

Y antes de que la canción llegara a su final, el emisor colgó. Ambas nos quedamos completamente fuera de juego.

—¿Quién será? —preguntó nerviosa.

—¡Ni idea! —contesté encogiéndome de hombros.

—¿Y si es un psicópata?

—Marta, ¡no digas tonterías!

A las nueve, me marché a mi casa; ya era tarde, y por más conjeturas que hiciésemos, no llegaríamos a saber quién era el autor de aquella llamada.

CAPÍTULO 15

PRIMERA CITA



EL SÁBADO AMANECIÓ SOLEADO. Habíamos quedado a las doce en mi casa para ir a comprarnos un par de *pantys*.

Marta salió del ascensor y al abrir la puerta del portal se quedó como Jane Wyman cuando interpretó a *Belinda* en aquella película de 1948. El film trataba sobre la vida de una niña muda.

—¡Hola! —le dijo tímidamente un chico—. La vio guapísima con aquella sudadera fucsia que llevaba. Segundos después, mi amiga seguía sin articular palabra.

—¡Hola! —volvió a repetir—. Nada, Marta, no solamente se había «tragado» la lengua; también perdió la movilidad. El chico comenzó a ponerse mucho más nervioso de lo que ya estaba. Resopló. Se tocó el pelo. Se metió las manos en los bolsillos de la cazadora de cuero negra que llevaba.

Mi amiga seguía inmóvil.

—Soy Dani.

Entonces, Marta se echó a reír nerviosamente.

—Al menos, sabes reír —apuntó divertido.

—¡Perdona, cuando algo me impacta, reacciono así! —se excusó mi amiga, llevándose una mano a la cabeza.

—¡Me alegro de haberte «impactado», porque esa era mi intención! —afirmó divertido él.

Ambos sonrieron nerviosos.

—¿Cómo sabes mi nombre? —le preguntó extrañada.

—¿Damos un paseo y te cuento?

Asintió sonriendo. Total, el par de *pantys* y su amiga, podíamos esperar.

Y mientras paseaban por aquella estrecha calle repleta de coches estacionados a ambos lados, lo escuchaba completamente emocionada. Ni en sus mejores sueños se había imaginado algo así.

Dani le contó que el sábado anterior nos vio llegar al locutorio de la estación de autobuses. Él estaba en la cabina de al lado llamando a unos familiares de Barcelona. Marta no daba crédito a lo que estaba escuchando. Y él siguió diciéndole que llamamos a David Summers y que la que habló fui yo. Mi amiga asentía embobada ante aquellos ojos negros. Dani siguió contándole que al salir nos siguió…

—¿Quéee…?

Asintió sonriendo.

—Te despediste de tu amiga justo ahí — señaló con la mano nuestro punto de encuentro—. Ella se fue hacia la derecha y tú seguiste por donde estamos caminando ahora mismo nosotros.

Marta comenzó a pellizcarse para comprobar si aquello le estaba pasando de verdad.

—¿Y continuaste siguiéndome? —preguntó, llevándose las manos al pecho.

—Sí —afirmó.

Marta sonrió y Dani se quedó hipnotizado con aquella sonrisa.

—Pero… ¿Cómo adivinaste mi teléfono?

—Cuando llegaste a tu portal me escondí justo detrás del muro que hay frente a él y…

—¿Dónde estabas hoy? — preguntó Marta cortándolo.

Dani afirmó haciendo un leve gesto con la cabeza.

—Y como la distancia es apenas de tres metros pude ver a qué piso llamabas.

Marta comenzó a reír nerviosamente, mientras él le terminaba de contar que se acercó al portero automático y miró los apellidos que había escritos en la «tarjeta» correspondiente al piso que había observado previamente.

—¿Y lo buscaste en la guía telefónica? —preguntó completamente sorprendida.

—Lo mismo que vosotras hicisteis con el de David Summers —afirmó él.

Ambos rieron emocionados. Siguieron paseando hablando sobre ellos. Dani estaba estudiando tercero de B.U.P. en otro centro. La tarde que lo vimos en nuestro instituto, había ido a buscar a un amigo. Mis sospechas fueron ciertas.

—¿Quedamos mañana? —propuso él dejándola de nuevo en su casa.

Mi amiga aceptó emocionada. Se despidieron con dos besos. Cinco minutos después Marta me llamó por teléfono. Contesté y escuché…

¡MañanaH*eQuedadoConDaniYNoTengoNadaQuePonermeNiSéQuéPeinadoHacerme!*

No entendí nada. Su voz sonó igual que cuando de niñas jugábamos al teléfono corrido.

—¡Llevo esperándote una hora, podías haberme avisado de que no vendrías! —le reproché.

—¡He conocido al chico que me gustó! —gritó.

—¿Qué…?

—En cinco minutos estoy en tu casa. —Mintió. Llegó en cuatro.

—¡Esto no pasa ni en *Crista*l! —exclamé llevándome las manos a la cabeza cuando escuché la historia.

Reímos.

—Marta, tienes el armario lleno de ropa; por lo tanto, sí tienes que ponerte —afirmé— Y tú siempre llevas el pelo suelto.

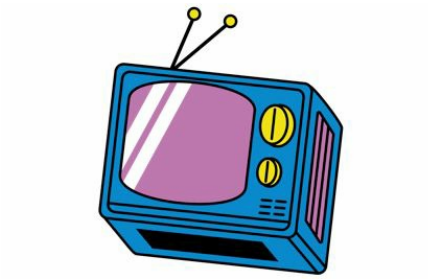
Soltó una carcajada.

Me fui a comer a casa de Marta y pasamos la tarde eligiendo el modelito que llevaría al día siguiente en su primera cita formal con Dani. Con la minifalda azul marino, la camisa blanca y la cazadora vaquera estaría guapísima y frío también iba a pasar.

CAPÍTULO 16

DOS IMANES

HOMBRES G



EL TIEMPO PASABA y el final de curso se acercaba.

Marta y yo estábamos metidas de lleno en la adolescencia. Exprimíamos el día al máximo, y todas las mañanas, nos levantábamos con un nuevo sueño. Teníamos un montón de posibilidades a nuestro alcance y creíamos en nosotras. Sin embargo, aunque nuestras inquietudes fuesen las mismas, las vivíamos de diferente manera.

Mi amiga y Dani comenzaron a salir juntos tras su primera cita. Se gustaban y ambos querían conocerse, por lo tanto, ¿para qué iban a perder el tiempo? Para eso ya estaba yo, ¿y David?, también.

—Es guapísimo,¿verdad?—me preguntó Marta aleteando las pestañas.

—Es del montón —afirmé—. Me hizo burla y soltamos una carcajada.

Dani tenía un gran parecido a Javier Ojeda, vocalista de Danza Invisible: moreno, alto, rostro alargado y en una de sus mejillas destacaba un gran lunar. Al conocerlo supe que eran las dos mitades de una naranja. El brillo de sus pupilas era el mismo. Y cuando se hablaban sus palabras sonaban a juego de niños. Juntos transmitían ilusión y tranquilidad. En una palabra, felicidad.

Era sábado y me encontraba en casa estudiando para los exámenes finales cuando el teléfono sonó.

—¡Voy! —exclamé saliendo de mi habitación.

Sabía que era Marta quien llamaba para preguntarme por enésima vez si iba a ir a la fiesta. No me equivoqué.

—No me apetece —contesté desganada.

—Yolanda… ¡Cómo no vas a ir a la fiesta del *Shakespeare*! —gritó como si estuviese cometiendo un delito—. Era uno de los locales de moda y se encontraba en el centro de la ciudad. Su decoración estaba basada en aquel dramaturgo, poeta y actor inglés. Y tras varios minutos de conversación, en aquel tira y afloja, me convenció.

Volví a mi habitación para arreglarme, pero, antes de hacerlo, recogí los libros que tenía en el escritorio. A continuación, empecé a colocar los apuntes que tenía sobre la cama y un folio cayó al suelo. David, leí en su margen superior derecho al recogerlo. Sonreí recordando lo ocurrido días atrás en clase...

Habíamos tenido la visita de un orientador. Este vino a explicarnos que a la hora de elegir entre ciencias o letras, deberíamos tener muy claro la carrera universitaria que queríamos estudiar.

—¿Vas a elegir letras? —me preguntó David acercándose a mi pupitre.

Marta me miró de soslayo y sonriendo pícaramente se levantó desapareciendo a continuación.

—Letras mixtas —corregí.

—¿Y qué vas a estudiar? —preguntó sentándose en el asiento de mi amiga.

—Derecho —dije sonriendo tímidamente.

—Yo elegiré ciencias puras porque quiero estudiar Arquitectura —afirmó.

—El Emperador de la India le dedicó a su esposa el Taj Mahal. ¿Me dedicarás algo parecido? —le pregunté con las mejillas sonrosadas luchando una vez más contra mi timidez.

—¡No! —Respondió rotundo—. El color rosado pasó a bermellón y la sonrisa que momentos antes dibujaban mis labios, desapareció. ¡Menudo corte acababa de darme! Iba a levantarme para salir al pasillo en busca de Marta cuando agarrándome de la mano para detenerme, argumentó…

—Yolanda, las princesas viven en palacios…

Lo miré de soslayo.

—Por lo tanto, te dedicaré uno —afirmó sonriendo—. Entonces tomó el bolígrafo azul que tenía sobre la mesa y en el folio que había junto a él escribió su nombre. Yo me quedé como aquel increíble monumento.

Volví al presente al escuchar los primeros acordes de *Dos Imanes*. David Summers cantaba…

Siempre que abras tus libros viejos del colegio…
Y veas mi nombre escrito en aquella página que
no recuerdas cuál es…
Sonreirás y a la media hora te darás cuenta…
De que has pensado tanto que no recuerdas ni qué día es...

¿De verdad me había pasado lo que decía aquella letra? Suspiré y mis ojos se humedecieron al recordar el resto de aquella triste canción. No quería que a David y a mí nos pasara igual. Tragué saliva y parpadeé rápido para no llorar.

—¿Qué me pongo? —bramé, abriendo con ira el armario—. Agarré varias prendas y las tiré en la cama. Nada me gustaba. Entonces vi aquel vestido entallado blanco de media manga y sonreí.

—Mamá, ¡voy a salir! —afirmé entrando en la sala de estar.

—¡Ten cuidado!

Asentí con la cabeza despidiéndome de ella y de mi padre. Al abrir la puerta del portal, la brisa que acarició mi piel fue toda una inyección de energía. Sonreí y comencé a caminar. El tráfico era inexistente y los escaparates brillaban. Las calles de Jaén estaban preciosas al atardecer. Los últimos rayos de sol se reflejaban en los altos edificios de cristal y a su alrededor, los grajos revoloteaban cantando, despidiéndose del día.

—¡Ese vestido tiene que hacer ruido! — exclamó Marta al verme llegar—. Sonreímos.

Compramos las entradas y diez minutos después estábamos bailando como locas la canción de *Cien Gaviotas* de Duncan Dhu. Tras varios temas más, decidimos ir a por unos refrescos. Dani se había encontrado con unos compañeros de clase y estaba hablando con ellos.

—¿Cuándo se va a enterar de que David no quiere nada con ella? —afirmó, preguntando,

Tino, mientras se acercaba a nosotras, llevando una *Coca-Cola* en la mano —.

El corazón se me subió a la boca al escuchar aquel nombre. ¿Dónde estaba?

—¿De quién hablas? —le preguntó Marta encogiéndose de hombros.

—¡De la pesada aquella! —exclamó señalando con la cabeza—. Mi amiga y yo miramos en la dirección que él marcaba y vimos a David haciéndole aspavientos con las manos a Lulú, mientras ella le lanzaba besos. Reímos porque la estampa era de chiste. Mientras el camarero nos servía los refrescos, comenzamos a hablar de los exámenes y de lo poco que quedaba para que el curso llegase a su fin.

—¿Me pedís una *Fanta* de limón? — escuché decir a David detrás de mí—. Mis manos comenzaron a temblar. Giré lentamente sobre mis talones y ambos nos miramos fijamente durante unos segundos.

La música cambió. Ahora tocaba el turno de las canciones lentas.

—¿Bailas conmigo este tema? —le preguntó una guapísima chica acercándose a él y cogiéndolo de la mano—. Empezaba a sonar el tema *Me cuesta tanto olvidarte* de Mecano. David no contestó, solamente, se dejó llevar.

Minutos después, los dos sonreían mientras bailaban, parecían estar muy a gusto. Mis ojos se pusieron vidriosos y la canción de Hombres G volvió a mi mente…

Es verdad, para qué engañarnos…
Somos dos imanes que nunca se unirán…
Pasarán los años y seguiremos mirándonos…
Somos dos imanes, tú lo has dicho…
Y ni la música ni el tiempo nos pueden separar…

Tragué saliva y desaparecí de allí, lenta y sigilosamente.

CAPÍTULO 17

JUNIO



PASARON LAS SEMANAS Y JUNIO, llegó. Fue un mes intenso. Una auténtica montaña rusa de emociones.

El curso llegó a su fin. Atrás quedó un puñado de asignaturas trabajadas. Aquella mañana, la escalinata del instituto era una simbiosis de sentimientos. Alegría y tristeza, frente a frente. Las risas de unos, contrastaban con las lágrimas de otros.

David y yo no coincidimos a la hora de ir a recoger las notas, por lo tanto, no pude despedirme de él hasta el próximo curso. Vértigo. Eso es lo que sentí al pensar que estaría tres meses sin saber nada de él.

Si me encontré con Lulú…

—Por tu culpa no veré a David en las recuperaciones de septiembre —bramó colocándose delante de mí— Yo estaba sentada en una de las escaleras junto con Marta y dos compañeras más.

Mi amiga la ignoró. Desvió la mirada hacia otro lado.

—Deberías ir al psicólogo para tratarte la obsesión que tienes conmigo —le sugerí irónicamente.

—¿Te crees que por dejarle la libreta vas a salir con David? —Lulú subió el tono de voz.

—¡No, saldré con él porque le gusto! —espeté armándome de valor.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga? —preguntó divertida Marta.

Reímos.

A continuación, nos hizo burla y se marchó.

Lulú se refería a un hecho ocurrido la semana anterior…

Estábamos asistiendo a la última clase de Música…

—Aquellos alumnos que no hayan aprobado el examen final tendrán que entregarme mañana una libreta con todos los trabajos realizados a lo largo del curso si no quieren ir a septiembre, ¿entendido? —anunció Carmen García.

Asentimos.

Nos sorprendió el número de suspensos.

—Yolanda… ¿Me dejas tu libreta para presentarla? —me pidió David alicaído.

Asentí sonriendo.

Sí, él era un buen estudiante, pero aquella asignatura nunca se la tomó en serio.

Le dejé mi cuaderno y le cambió la tapa escribiendo en él su nombre. Carmen García, se jubilaba aquel año y podíamos decir que sus facultades mentales ya no estaban al cien por cien, de ahí que tuviese el mote de «la chocha». David aprobó Música y no tuvo que ir a las recuperaciones de septiembre.

Días después tuve una sorpresa. Esa mañana, el cielo de la ciudad se despertó con cuatro nombres: David, Rafa, Javi y Dani. Se estrenaba, *Sufre Mamón,* la primera película de Hombres G.

La calle Navas de Tolosa era un hervidero de adolescentes. En ella no cogía un alfiler. Todos estábamos agolpados en la puerta del cine *Lis Palace,* haciendo cola para comprar las entradas. Minutos después, ya con ellas en la mano y un arsenal de chucherías, nos dirigimos hacia la sala de proyecciones. Al entrar en ella, caminamos, una delante de la otra, mientras localizábamos nuestras butacas. Marta iba delante de mí.

—¡Ostras! —exclamó girándose de inmediato hacia atrás—. Su mirada no pudo ser más expresiva. Y sin dejar de mirarla, desvié mis ojos unos metros más allá y me encontré con lo que mi amiga me había transmitido sin hablar.

—¿Qué hacen aquí si a ellos nos les gustan Hombres G? —rumié, refiriéndome al famoso cuarteto. Estaban sentados dos filas por detrás de donde nosotras íbamos a sentarnos.

—Creo que Dani tiene razón —afirmó—. Dejé escapar un suspiro, y durante unos segundos, pensé en aquello a lo que se refería Marta.

Dani no acompañó aquella tarde a mi amiga porque ya se había marchado de vacaciones con su familia. Él, en alguna ocasión me dijo que cuando David daba un paso hacia adelante, yo retrocedía tres. Y aseguraba que no iba a estar esperándome siempre, por lo tanto, pensaba que, si de verdad me gustaba, debería de actuar rápido, porque de lo contrario, más pronto que tarde, lo vería con otra.

—¿De verdad crees que ha venido para verme? —susurré temblorosa.

—Sí, de lo contrario, también te lo diría —afirmó mi amiga.

Ellos estaban sentados por el siguiente orden: Óscar, Tino, Javi y David.

Resoplé y decidí luchar una vez más contra mi timidez.

—¿Me cambias el sitio? —le pregunté a Javi tras saludarnos los seis.

—¡Por supuesto! — afirmó levantándose inmediatamente—. Todos disimulamos una sonrisa —. Marta y Javi les cambiaron los asientos a las dos chicas que había sentadas al lado de Óscar.

—¿Sois Yolanda y Marta o *Pili* y *Mili*? — preguntó divertido Tino. Reímos. Mi amiga y yo habíamos decidido vestirnos exactamente igual para aquel estreno. Ambas lucíamos una minifalda azul marino con bailarinas a juego y una camisa blanca con un cinturón rojo a la cadera.

—¡Estás muy guapa! —me dijo David con su particular guiño de ojo—. Me sonrojé. Él estaba guapísimo con aquel polo celeste de *Benetton*, pero fui incapaz de decírselo.

El cine apagó sus luces y la proyección comenzó, Al momento, gritos y aplausos. Mi emoción no podía ser mayor, ¿de verdad estaba en el cine con David? Ojalá aquel momento no se acabase nunca.

Durante aquella hora y media hubo dos frases que se repitieron continuamente: «guapo» y «zorra». La primera estaba dedicada a David Summers; y la segunda, a Marta Madruga, en el papel de *Patty*, por todo lo que le hacía sufrir al primero.

Al salir del cine caminamos, comentando las escenas que más nos habían gustado de la

película. Al llegar al parque, Marta y yo nos detuvimos en uno de los puestos ambulantes para comprarnos varias chapas de *Snoopy*.

—¿Te gustan? — me preguntó David acercándose—. Se refería a los llaveros de *Goma Eva*. Se habían puesto de moda junto con las chapas. Concretamente, se trataba de un conjunto de llaveros sujetando dos tristes llaves que todas las chicas llevábamos en la mano.

—¡Sí, tengo uno azul con mi inicial! — afirmé.

—¿Te cobras de estos tres? —le preguntó al chico de color que los vendía —.

Mis manos comenzaron a tener vida propia cuando vi que David acababa de comprar tres llaveros: dos D y una Y. Los tres azules. Sus amigos y Marta eran espectadores de todo.

—Toma —dijo, y me entregó una D — así ambos tenemos nuestras iniciales —.

Con manos temblorosas cogí aquel llavero, mientras de soslayo miraba a mis amigos. Marta, Óscar y Tino, sonreían. Y Javi, llevándose las manos al pecho comenzó a tararear eso de

Te quiero, te quiero, te quiero…
Y no hago otra cosa…
Que pensar en ti…
Solo vivo y respiro…
Para ti…

Y con aquel bonito recuerdo, empezaron las vacaciones estivales.

CAPÍTULO 18

VUELTA A CLASE



JAÉN SE QUEDÓ desértico durante los meses de julio y agosto. Las altas temperaturas invitaban a dejar la ciudad.

Marta y Dani no se vieron en todo el verano. Sus destinos vacacionales fueron completamente distintos. Él estuvo todo el verano en Barcelona y ella pasó el mes de julio en un pequeño pueblo de la sierra jiennense. Mientras mi amiga daba paseos por el monte y se divertía con la orquesta que cantaba todas las noches en la piscina municipal, el chico que la hacía suspirar, disfrutaba de las atracciones del *Parque de Montjuic* y se bañaba en las playas de Sitges. Telefónica se convirtió en la nueva mejor amiga de ambos; se llamaron todos los días, a pesar de las quejas de sus progenitores que le gritaban frases como…

—¡Verás la factura del teléfono!

O…

—¡Voy a cortar el cable!

Yo, al igual que todos los veranos, pasé el mes de julio en la costa granadina con mi familia.

En agosto volví a Jaén y me reencontré con Marta. Durante el día escuchábamos los vinilos de Hombres G en su casa o en la mía. Y cuando el sol caía, salíamos a pasear por aquellas desoladoras calles.

Y así, entre paseos y discos, septiembre llegó trayendo la rutina a la ciudad. El tráfico intenso volvió al asfalto, los escaparates subieron sus cierres, las calles recobraron la vida y el aire comenzaba a desprender los primeros aromas del otoño. Y a todo esto lo acompañó la vuelta a clase.

Aquel penúltimo viernes de septiembre tal y como lo hicimos un año atrás habíamos quedado a las diez de la mañana para ir al instituto y conocer en qué aula estudiaríamos y qué compañeros nos habían tocado. Caminábamos divertidas y risueñas barajando mil opciones…

—¡Yo creo que a David le va a tocar con nosotras! —exclamó convencida Marta.

—¡Yo no quiero coincidir con Lulú! — afirmé.

—¡Ni yo tampoco! Soltamos una carcajada.

Y así, entre suposiciones y deseos, llegamos al centro. Tal y como hicimos el año anterior nos dirigimos directamente al tablón de anuncios. Nuestras caras debía de ser un poema, aquello que estábamos viendo no podía estar pasando, seguramente estaríamos soñando y en un rato nos despertaríamos y entonces quedaríamos para ir al instituto a ver las listas, ¡claro!, eso iba a ser.

—¡Ostias! ¿Qué mierda es esta? — escuché bramar a Marta—. Entonces caí en que no estaba soñando, aquello estaba pasando realmente.

De todas las opciones que habíamos barajado, en ninguna de ellas, se encontraba la de no

estar juntas en clase. A mí me tocó en Segundo E y a Marta en Segundo F.

—¡Madre del Amor Hermoso! —exclamé, llevándome una mano a la cabeza, cuando terminé de leer aquella lista—. David y sus amigos, o lo que es igual, el famoso cuarteto y yo, compartiríamos aula. Del curso anterior éramos los únicos que habíamos coincidido. Marta y yo nos miramos con la cara desencajada.

¿De verdad estaba pasando aquello?

Mi amiga y yo seguíamos mirándonos al mismo tiempo que nos hablábamos con la mirada. Y tan abstraídas estábamos, que no vimos quién estaba mirando aquellas listas. Entonces, aterricé de bruces en el suelo mientras alguien gritaba…

—¡Tenías que ser tú la que coincidiese en clase con David!

Me giré, y al quedarme boca arriba, vi quién me había empujado; no era otra que una furiosa y rabiosa Lulú.

—¡Gilipollas! —bramé.

—¿De qué vas? —le gritó Marta poniendo los brazos en jarras—. Me levanté y me acerqué a ella; entonces, la miré fijamente a los ojos, y señalándola con el dedo índice, sentencié…

—¡No es la primera vez que me empujas, pero sí va a ser la última! ¡Aléjate de mí y déjame en paz porque de lo contrario vas a saber quién es Yolanda Marín; y te aseguro que no te va a gustar! —giré sobre mis talones y me fui dejándola allí.

No compartir aula fue un mal trago para las dos. Ni en nuestro peor sueño lo hubiésemos soñado.

El camino de vuelta a casa lo hicimos en silencio, cabizbajas y malhumoradas. La rabia nos salía por todos los poros de nuestra piel. Al despedirnos, Marta leyó en mis ojos, lo mismo que leí yo en los suyos: «Y ahora, ¿con quién compartiré pupitre?». Ambas teníamos la sensación de estar lanzándonos al vacío sin paracaídas; y es que sin nosotras darnos cuenta, nos habíamos convertido en «guardaespaldas»; ella de mí, y yo de ella.

Ese fin de semana estuvimos muy decaídas. El sábado por la mañana, Marta, se vino a mi casa y nos dedicamos a estar sentadas en el suelo con la espalda apoyada en la cama. Ni siquiera nos apeteció escuchar a nuestro grupo favorito, y eso era como poco un misterio difícil de resolver. Por la tarde, mi amiga y Dani, quedaron para merendar y este último se empeñó en que los acompañase, quería hablar con las dos.

Estábamos en la cafetería *Los Pitufos* tomándonos un delicioso chocolate con churros, cuando Dani, que estaba sentado frente a nosotras, apuntó…

—No pasa nada porque no estéis juntas todo el día, podéis veros en los cambios de clase y recreos. También os vendrá bien conocer a otras chicas y hacer nuevas…

—¡Es que yo no quiero tener otra amiga! —gritamos al unísono, cortándolo.

—No vais a dejar de ser amigas ni vuestra amistad se va a resentir, pero debéis de tener otras amistades porque no sabéis qué os tiene deparado el destino — afirmó Dani mirándonos fijamente—. Marta y yo nos miramos frunciendo el ceño. ¿Qué quería decir con aquello?

El domingo, algo más tranquilas, nos dedicamos a preparar nuestro nuevo material escolar. Al día siguiente, se iniciaría un nuevo curso.

Pasé toda la noche sin dormir. Los nervios del primer día de clase, los tenía controlados, pero no la taquicardia que me producía volver a ver a David.

El día amaneció fresco. Me arreglé con unos pantalones tobilleros rojos y un jersey blanco de hilo.

Aquella mañana, Marta y yo, nos saludamos alicaídas. Nos miramos, resoplamos y nos dispusimos a callejear. Ninguna de las dos habló durante el trayecto, ambas íbamos sumidas en

nuestros pensamientos. Nos sentíamos como esa madre que lleva a su hijo al colegio, y cuando llega, lo suelta de la mano, le da un beso y se despide de él hasta que vuelva horas después a recogerlo.

—¡Llegamos! —rumié.

—¡Y más felices que nunca! —farfulló irónicamente Marta.

Entramos y nos dirigimos hacia las escaleras. Una vez arriba nos miramos y, dejando escapar un suspiro, nos despedimos como aquella madre que mira enternecida a su apenado hijo.

Me detuve unos segundos mirando hacia el fondo de aquel largo pasillo. Allí al final había una puerta abierta de color gris. Mi aula para todo aquel año; y la del chico de mis sueños, también.

¿Se alegraría al enterarse de que volvíamos a compartir clase?

¿Me hablará?

¿Y si está saliendo con alguna chica que haya conocido este verano?

¿Qué pasaría dentro de aquellas cuatro paredes durante el curso que estaba a punto de comenzar?

Las respuestas las tendría, momentos después.

Volví a suspirar y comencé a caminar con la mirada perdida.

—Llegué —susurré, deteniéndome en el quicio de la puerta—. Cogí aire y entré. Eché un vistazo por la estancia. El aula era alargada y rectangular; una réplica de la del año anterior y estaba distribuida exactamente igual. Los pupitres individuales se encontraban a la derecha, junto a la pared; los dobles en el centro, y los triples, al fondo junto a las ventanas.

—David —me oí decir. Y automáticamente, el corazón comenzó a latirme rápidamente.

Se encontraba sentado en la fila de los pupitres dobles y estaba guapísimo. El verano no pudo sentarle mejor. El sol había aclarado su pelo y su bronceado resaltaba con aquel polo amarillo que llevaba.

No reparé en nadie más; sin embargo, por el murmullo que se escuchaba de fondo, el aula debía de estar casi completa.

—¡Hola, Yolanda! —exclamó—. Sonreí tímida y feliz. Y él señalando con la cabeza hacia el pupitre que había a su lado sin ocupar, añadió…

—Te he guardado sitio —. Sonreí al ver el llavero de *Goma Eva* sobre su mesa—. Yo lo llevaba en la mano.

¿Me estaba diciendo que me sentase con él o mis neuronas dejaron de funcionar debido al impacto de volverlo a ver?

Miré hacia las ventanas y allí a dos metros escasos y formando línea con David se encontraban sentados Tino, Óscar y Javi.

Temblorosa me acerqué a ellos y los cinco nos saludamos con dos besos, preguntándonos al mismo tiempo, qué habíamos hecho durante el verano.

Media hora después, salía del aula junto al famoso cuarteto. Marta lo había hecho unos minutos antes y estaba esperándome frente a la puerta. Cuando me vio salir tan bien acompañada, sonrió. Después, se saludaron y todos juntos regresamos a nuestras respectivas casas bromeando.

¿Quién nos iba a decir que aquella sería la última vez que estuviésemos los seis juntos?

CAPÍTULO 19

DÉJAME

LOS SECRETOS



UNOS DÍAS DESPUÉS, la Feria y Fiestas de San Lucas, llegó. Y el centro de la ciudad, se engalanó. En sus calles, todo era color y jolgorio. Los farolillos y guirnaldas colgaban de lado a lado y los edificios les cedieron el protagonismo a los trajes de flamenca. El barrio de San Idelfonso convirtió sus bares en improvisadas casetas y la avenida de Granada sustituyó el tráfico por calesas de caballos.

—¿Tampoco vas a salir hoy? —me preguntó enfadada mi madre entrando en mi habitación —. Yo estaba sentada sobre el escritorio, hojeando la revista de moda *Súper Pop*. Le contesté que no con un movimiento de cabeza.

—¿Y se puede saber cuándo vas a hablar? —dijo elevando el tono de voz—. Ni siquiera giré la cabeza para mirarla. Masculló algo que no entendí, y después, con el mismo tono de voz, sentenció…

—¡Tu padre y yo, vamos a llevar a Iván al circo, al volver, hablaremos, sí o sí! —Cerró la puerta y la oí andar por el pasillo; sus tacones, repiqueteaban más que nunca en el suelo—. Grité tirando con rabia la revista hacia la pared del fondo.

Me levanté y fui a la cocina a beber agua. Al volver, me senté en el suelo con la espalda apoyada en la puerta. La imagen de aquel día pasaba por mi mente una y otra vez. Llevé las rodillas al pecho, y me abracé a ellas. Los ojos se me encharcaron.

—¿Por qué mis labios respondieron que no cuando querían decir que sí, por qué? — susurré al mismo tiempo que una lluvia de lágrimas comenzó a rodar por mis mejillas.

No recuerdo el tiempo que estuve así. La pena y los sollozos hicieron que me durmiese en aquella posición. Me despertó el timbre del portero automático.

—¡Ábreme! —ordenó seria Marta.

Chasqueé la lengua. No me apetecía en absoluto escuchar el discurso que iba a echarme. Abrí la puerta y la esperé desafiante.

—¿De qué vas? — gruñó al salir del ascensor—. Venía vestida con sus inseparables vaqueros negros y un jersey rojo. Estaba muy guapa. Giré sobre mis talones dirigiéndome al salón. Ella me siguió. Me senté en uno de los laterales del sofá con los brazos cruzados y la mirada hacia el suelo.

—¡No puedes seguir así! — dijo bajando el tono de voz y arrodillándose delante de mí—. Yo seguía igual y Marta, al ver que no respondía, volvió a subir el volumen de su voz…

—¡Llevas encerrada en tu habitación sin hablar con nadie cuatro días! —. Resoplé. Ella siguió…

—¡No vas a solucionar las cosas callándote ni escondiéndote!

—¡Lo sé! —grité levantando la cabeza, mientras la miraba.

—¿Entonces?

Entonces, levanté la cabeza, y clavando fijamente mis ojos en los suyos, le grité…

—¡Me da miedo salir y encontrármelo porque no sé cómo voy a reaccionar!

—¿Y el lunes, cuando volvamos a clase, sí vas a saber cómo hacerlo o es que has pensado en no volver a estudiar y hacerte ermitaña? —.

Volví a mirar hacia abajo sin contestar. Marta llevaba razón.

—Nos vemos el lunes —afirmó, levantándose—. Salió del salón y a continuación escuché un gran portazo. Volví a mi habitación y adquiriendo la misma postura que tenía antes de que mi amiga llegara, comencé a llorar desconsoladamente. Sabía que tarde o temprano tendría que verlo; entonces, ¿por qué no salir y disfrutar del sábado de feria, ya que, debido a mi encierro, no había disfrutado de esa semana de vacaciones?.

Tardé diez minutos en ducharme y arreglarme. Disimulé los ojos llorosos con agua helada y un poco de rímel azul. Me puse mis vaqueros desgastados, una camisa blanca con baberola y un jersey rojo a juego con los calcetines. Antes de salir, les escribí una nota a mis padres y la dejé sobre la mesita que había en la entrada.

Hacía varios años que la caseta, *No se lo digas a papá*, se había convertido en una discoteca adolescente. Marta y yo, aún no habíamos ido. Nuestros padres nos dieron permiso para ir aquel año, por lo que no era difícil de adivinar donde estaría mi amiga y Dani. Los vi nada más llegar. La multitud asustaba. Unos entraban y otros salían. Tardamos unos minutos en entrar.

El local era muy amplio y tenía un ropero en la entrada. En medio, una gran barra haciendo círculo; y al fondo, otra más pequeña donde solamente se servían refrescos. Pero lo que más me llamó la atención de ella era que el suelo era de cemento y no de albero.

Al entrar sonaba el tema de *Ni tú ni nadie* de Alaska y Dinarama. Marta comenzó a bailar girando la cabeza de un lado a otro, parecía la niña del exorcista, Dani y yo, nos reímos mucho con ella. Después fuimos a por unas *Coca-Colas*, y mientras tanto, en los altavoces se escuchaba *Barco a Venus* de Mecano.

—Nos colocamos allí —dijo Dani señalando hacia uno de los laterales—. Asentimos.

Mis amigos hablaban, reían, bebían y bailaban alegres. Yo lo hacía más contenida. Me sentía nerviosa. Tenía un mal presentimiento y este no tardó en llegar.

Los temas seguían sonando cuando la música se cortó…

—¿Quién es Yolanda Marín? —preguntó por megafonía el disc-jockey.

Las chicas comenzaron a mirarse unas a otras. Dani y Marta, me miraron extrañados. Y a mí el corazón se me salió. Y cuando vi aquel foco de luz blanco alumbrándome quise que la tierra me tragase.

—El siguiente tema te lo dedica David Martín, ¡disfrútalo! —anunció el disc-jockey.

Miré a mis amigos con la cara descompuesta; y ellos me devolvieron la mirada. Se «olían» lo mismo que yo, aquello no pintaba bien. Y cuando los primeros acordes del tema *Déjame* de Los Secretos comenzó a sonar, yo me quise morir.

Comencé a temblar. La gente murmuraba, mirándome. Y la canción seguía sonando…

Déjame, no juegues más conmigo…

Esta vez, en serio te lo digo…

Tuviste una oportunidad…

Ahhh…

Y la dejaste escapar…

Tragué saliva y con los ojos anegados en lágrimas, di un giro de ciento ochenta grados hacia la salida. Marta me siguió. Al llegar a la puerta, me encontré cara a cara con David.

—Lo que estás sintiendo ahora tú, lo sentí yo el otro día cuando me dijiste que no — dijo dolido.

Salí de allí corriendo y llorando, como si no hubiese un mañana, mientras aquellas palabras no dejaban de taladrarme la cabeza.

Cuando llegué a mi casa, mi madre estaba esperándome en mi habitación.

—¡Mamá! —sollocé abrazándome a ella como aquella vez, cuando volví toda manchada de huevo.

—¿Qué te ha pasado con David? — preguntó sentándome en la cama—. Una vez más vi la conexión que las madres tienen con sus hijos. Y es que nosotros somos una extensión de ellas. Si sufrimos, sufren. Y si somos felices, su felicidad será mayor. Se sentó a mi lado y yo comencé a desahogarme con ella…

Le conté la bonita tarde que pasamos cuando fuimos al estreno de la película de Hombres G y lo ocurrido después en el parque. Mi temor durante el verano a que él se hubiese olvidado de mí. La ilusión que me hizo que me dijera de compartir pupitre cuando el curso comenzó. Y lo feliz que me hacía ver que poco a poco iba superando mi timidez.

—Entonces, ¿qué ha pasado para que estés así? —tragué saliva.

—Estaba esperando a Marta en las escaleras de nuestra planta, cuando David se acercó por detrás y tomándome de la mano me dijo: «Hola, ¿quieres salir conmigo?».

Mi madre disimuló una sonrisa.

—¿Y qué pasó? —preguntó, invitándome a que continuase mi relato.

—¡Que le dije que no! —grité rompiendo a llorar de nuevo.

—¿Y por qué le diste esa contestación?

—¡No lo sé! —contesté con el mismo tono de voz—. Me enjugó las lágrimas con el reverso de su mano y añadió…

—Y esta noche, ¿qué ha pasado?

—Me ha dedicado la canción *Déjam*e, de Los Secretos; y después me ha dicho que el dolor que estaba sintiendo yo, era el mismo que sintió él cuando le dije que no —. Mi madre dejó escapar un suspiro.

—Yolanda, ambos estáis arrepentidos de vuestros actos. Los dos habéis actuado sin querer. David se ha dejado llevar por la rabia, y tú, el otro día, por esa timidez que no te deja crecer. Hablaréis y estos malos ratos quedarán atrás. Tenéis quince años y estáis empezando a vivir. Esto que tanto os duele hoy, mañana os hará reír. Y un día te darás cuenta de que esa timidez ha quedado atrás junto con la niña que aún eres, y en su lugar, habrá una preciosa mujer, segura de sí misma y llevando las riendas de su vida.

—¡Gracias, mamá! —dije sonriendo levemente.

—Si quieres llorar, llora. Y no olvides que las tinieblas de esta noche, mañana serán tonterías a la luz del sol —. Salió de la habitación y yo me abracé a la almohada. Enseguida, el sueño, me venció.

CAPÍTULO 20

ÓSCAR, ¿POR QUÉ?



AMANECIÓ GRIS. Las temperaturas descendieron. Y el sonido del viento asustaba.

Tras reunirnos, Marta y yo, iniciamos el largo trayecto hablando de lo ocurrido el sábado. La herida dejó de sangrar y ahora estaba cicatrizándose.

Las calles estaban envueltas por un denso manto de niebla. Los edificios y el asfalto eran iluminados por las luces de los coches.

Al llegar al portal de David, el corazón comenzó a latirme deprisa. Estaba con un pie apoyado en la pared; y por primera vez, lo vi abrigado. Llevaba un plumón azul celeste y estaba guapísimo.

—¡Buenos días! —nos saludó.

—¡Buenos días, David! —Contestó mi amiga—. Yo le respondí sonriendo.

—Te estaba esperando porque quiero hablar contigo —dijo en un susurro—. Volvieron mis temblores.

—Nena, nos vemos en el cambio de clase —apuntó Marta, adelantándose—. La miré asintiendo. Entonces David se colocó a mi lado y caminamos lentamente. Yo llevaba la carpeta abrazada al pecho y él debajo del brazo. Ambos mirábamos al suelo.

—¡Perdóname, no quise hacerlo, fue un arrebato! —afirmó deteniéndose.

—¿Y tú, me perdonas a mí? —pregunté temblorosa deteniéndome también.

—¿Y por qué tengo que perdonarte?

—Por haberte dicho que no —Sonreímos mirándonos—. Entonces volví a revivir esa sensación que había tenido varias veces cuando mis pupilas se clavaban en las de él y viceversa. Sentía que alrededor de nosotros, todo desaparecía. Era como si solamente existiésemos él y yo en el universo.

—Yolanda, sé que te gusto, igual que tú sabes que me gustas a mí —Sonreí bajando la mirada—. Estaba claro. Ambos éramos conscientes de nuestros sentimientos. Entonces, ¿por qué seguir ocultándolo?

—Tienes razón —afirmé con un hilo de voz—. Él sonrió nervioso.

—¿Qué te parece si nos olvidamos de lo que ha pasado y volvemos a comenzar como si nos acabásemos de conocer? —propuso.

Nada me hubiese gustado más. Ojalá no existiese el pasado para no tener que borrar nada. Cómo me gustaría estar de nuevo en la casilla de salida para volver a comenzar. Pero la vida es así, nadie manda en ella. Nunca sabes qué te va a deparar el día que amanece. Unas veces te mima, y otras, te reta o te maltrata.

¿El tren pasa solamente una vez en la vida? ¡No!

Días atrás no me subí a él por miedo y a este tenía que abordarlo, igual que tenía que hacer con mi timidez. Ese segundo tren no iba a perderlo. Subiría a él temerosa e intentaría disfrutar del viaje mientras durase.

—Me parece perfecto —dije, dejando escapar un suspiro—. Segundos después, me cogió de la mano y sentí algo que jamás había vivido. Fue como un calambre recorriéndome por todo el cuerpo y de pronto, calor. Nos miramos una vez más, y retomamos el camino, paseando, como si a vista de todos los transeúntes fuésemos una pareja más.

La luz del día comenzaba a dejarse ver y el cielo lloró. La gente caminaba frotándose las manos para entrar en calor o aligerando el paso para no mojarse. Al llegar al final de la avenida, escuchamos dos voces conocidas…

—¡Óscar! — gritó desgarradoramente uno.

—¡No, no lo hagas! —bramó el otro.

El primer grito fue de Tino. El segundo de Javi.

David y yo giramos rápidamente la cabeza hacia nuestra derecha, y entre sombras vimos lo que acababa de pasar. Unos segundos después llegamos a ellos.

—¿De verdad, lo ha hecho? —les preguntó David sorprendido—. Ambos asintieron.

—¡Ah! —exclamé llevándome una mano a la boca—. Óscar vivía justo en el edificio donde nos encontrábamos y era el punto de encuentro del famoso cuarteto. Tino y Javi nos contaron que no pudieron detenerlo, porque cuando ellos llegaron allí aquella mañana, él salía a gran velocidad del garaje.

Óscar llevaba semanas diciendo que algún día le cogería a su hermano mayor la motocicleta para ir al instituto e impresionar a una chica que había conocido y le gustaba.

Nos detuvimos en aquella esquina conteniendo la respiración viendo cómo Óscar dejaba atrás la avenida serpenteando el tráfico. Llegó a aquel monstruoso cruce, que era la intersección de cuatro enormes calles. Entonces, giró la cabeza hacia nosotros una milésima de segundo.

—¡Cuidado! —gritamos desgarrados, al ver salir por la derecha un autobús urbano, justo cuando él giraba hacia esa dirección—. A Óscar, le fue imposible frenar. Su motocicleta chocaba frontalmente con aquel enorme gigante, y él, inició un viaje sin retorno.

Tino, Javi, David y yo, salimos corriendo hacia aquel fatídico lugar.

Al llegar a él, nos derrumbamos. Gritábamos y llorábamos desconsoladamente. Ojalá nunca hubiéramos presenciado aquello. Óscar permanecía sobre el asfalto tumbado boca abajo.

Su mejilla derecha descansaba sobre el gris de la carretera y sobre él había una mezcla de sangre, agua y gasolina.

La Guardia Civil de Tráfico llegó y protegió la zona. A lo lejos se escuchaban sirenas. Cuando llegó la ambulancia, tuvimos un halo de esperanza: «¡Van a salvar a Óscar!» —nos decíamos con las miradas. Teníamos los ojos clavados en aquellos médicos. Pero, cuando se miraron, haciendo un leve gesto con la cabeza, y uno de los agentes de tráfico dijo que el juez ya estaba de camino, todo se volvió confuso y oscuro, exactamente igual que el día que había amanecido.

Óscar, ¿por qué? Sabías que era una imprudencia y muy peligroso conducir sin permiso y sin casco, ¿por qué lo hiciste?

CAPÍTULO 21

NO TE OLVIDAREMOS



EL FUNERAL de Óscar fue doloroso. Y la vuelta a clase, un mal trago. Aquella primera evaluación fue la más difícil y triste. Era complicado no girar la cabeza hacia donde estaba su pupitre y verlo con aquella eterna sonrisa que siempre tenía dibujada en sus labios.

Estábamos a diecinueve de diciembre y el primer trimestre ya había acabado. En unos días recibiríamos las notas por correo postal.

—Buenas tardes, ¿queréis participar en la decoración de clases? —nos preguntó José Santiago, nuestro tutor y profesor de Latín. Odiábamos esa asignatura; sin embargo, José, debido al entusiasmo que trasmitía en sus clases, no había tardado en despertarnos cierto interés por aquella lengua muerta.

Nos miramos unos a otros.

—Yo paso, eso es una chorrada —afirmó uno de los repetidores.

—Bastaba con decir que no quieres participar —le reprochó el docente.

—¡Feliz Navidad! —exclamó con chulería saliendo del aula.

El centro organizaba aquella tarea con una doble finalidad: por un lado, se pretendía que disfrutásemos de ello. Y por otro, se intentaba que aprendiéramos a trabajar en equipo para luchar por un objetivo común.

—A Óscar le encantaba la Navidad, ¿por qué no participamos por él? —propuso Tino—. No tuvo que decir nada más. La mayoría de nuestros compañeros aceptó.

Y a la hora de elegir el tema, no tuvimos ninguna duda. Haríamos un nacimiento viviente en honor a nuestro amigo y compañero.

—Recordad, habrá solamente un ganador por curso, y el premio para cada uno de ellos será un sobre de dos mil quinientas pesetas — apuntó el tutor, saliendo del aula.

Fuimos una piña en todo momento. Solamente tuvimos un roce con Lulú, que vino a averiguar qué estábamos haciendo, con el fin de copiarnos la idea y hacernos la competencia en su aula.

Una vez tuvimos las ideas claras de lo que íbamos a hacer, nos fuimos a comprar.

Nos hicimos con: un rollo enorme de papel de embalar, varios pliegos de papel azul oscuro y azul celeste, dos rollos de papel de aluminio; cinco cartulinas amarillas y diez blancas, varios pliegos de papel dorado, pegamento, tijeras, serrín y musgo.

Una hora después, ya estábamos de vuelta en el aula. Las mesas y las sillas las amontonamos al fondo. El rollo de embalar lo arrugamos y con él, cubrimos los pupitres simulando un pesebre. Con el papel azul oscuro hicimos el cielo y sobre él pegamos estrellas hechas con el platino. Con las cartulinas amarillas, las coronas para la Virgen, San José y los Reyes Magos. Además, de las

alas para el Ángel y la Estrella. Con el serrín y el musgo cubrimos el suelo. El río, con el papel celeste y piedras. Frente al pesebre, una fogata realizada con ramas de árbol.

—¡Bien! —gritamos al ver el resultado.

—¡Tengo una idea para los disfraces! — exclamó, Sergio, el delegado de clase.

—¿Cuál? —Le preguntó Tino—. Y cuando nos contó lo que había pensado, aplaudimos felices.

El padre de Sergio era el propietario de *Bromas*, la única tienda de disfraces de la ciudad. Nos contó que en la trastienda tenía cajas de restos de disfraces que no habían podido vender, porque al recibirlos vinieron con alguna tara. Allí encontramos todo lo que necesitábamos.

El momento más divertido fue cuando nos vimos disfrazados.

Tino hizo de San José y llevaba una túnica marrón, cinturón negro y una vara de madera. La Virgen María estaba representada por Gema. De todas las chicas de clase era la única rubia con el pelo largo. Vestía una túnica blanca y una capa azul celeste. Javi estaba para verlo, envuelto en una sábana beige haciendo de Niño Jesús.

El Ángel y la Estrella seríamos David y yo. Nos vestimos con una túnica blanca y un cinturón amarillo.

Las lavanderas estaban muy graciosas, ataviadas con una túnica negra, un delantal blanco y un pañuelo en la cabeza del mismo color. Los pastores iban igual que San José.

Los Reyes Magos, con la misma túnica, además de sus correspondientes capas y barbas.

—El jurado ha comenzado a pasar —nos informó Marta—. Su aula también participó, sin embargo, ella se negó a estar en su clase, y estuvo todo el tiempo con nosotros.

—¿Estáis preparados? —preguntó Tino.

—¡Sí! —respondimos al unísono.

Diez minutos después, recibimos la visita del jurado. Estaba compuesto, por: el bedel, el director del centro y el presidente de la asociación de padres y alumnos. Ellos entraron y nosotros comenzamos con la representación. Sus caras de emoción lo decían todo.

La estancia estaba a oscuras, excepto por esa luz que se veía debajo de la fogata de los pastores, y que no era otra, que la luz de una linterna. Hacían ver que se calentaban las manos con el fuego. Enseguida, un suave olor a incienso inundó la escena. Y las lavanderas comenzaron a cantar…

Pero mira como beben los peces en el río…
Pero mira como beben por ver a Dios nacido…
Beben y beben y vuelven a beber…
Los peces en el río por ver a Dios nacer…

Los Reyes Magos se encontraban arrodillados frente al Niño Jesús. Este les sonreía, mientras que la Virgen y San José daban las gracias con un leve movimiento de cabeza. A ambos lados del pesebre, el Ángel y la Estrella.

—Seguid con la representación porque nos gustaría que, tanto vuestras familias como el resto de compañeros del instituto, puedan disfrutarlo —nos pidió el jurado.

Nos miramos todos sonriendo. Eso pintaba bien.

Una hora después, estábamos atacados en el salón de actos, junto a nuestras familias y demás compañeros del instituto.

Los alumnos de letras de Tercero de B.U.P., hicieron una pequeña representación teatral de

La Regenta.

Carmen García, profesora de música, junto con Agustín Sánchez y Manuel Morales, profesores de religión, interpretaron el villancico de *Adeste Fideles.* A continuación, José Antonio Peinado, DirectordelCentro,subióal escenarioy anunció…

—Y ahora, el momento más esperado por todos vosotros —aplaudimos—. Y él continuó hablando…

—Iré mencionando a los ganadores de mayor a menor, es decir, empezaré por C.O.U., seguiré con primero, después le tocará el turno a tercero y terminaré con segundo, ¿de acuerdo?

—¡Sí! —respondimos ansiosos todos.

—Ganador, C.O.U. A —anunció—. Los chicos se abrazaron entusiasmados. Lo mismo hicieron los alumnos de Primero B y Tercero D.

La alegría y los aplausos invadieron el salón de actos. Tras poner orden, terminó diciendo…

—Y ahora, antes de decir el ganador de segundo, quiero dejar claro que además de la decoración, lo que más ha emocionado al jurado ha sido la puesta en escena. Y sin más preámbulos, el ganador es Segundo E.

—¡Bien!— todos nos abrazamos llorando.

Con el dinero ganado, todos supimos qué hacer. Ninguno quería irse a la hamburguesería *El Tomate* a comer, como estaba haciendo el resto de cursos porque no íbamos a disfrutarlo. Decidimos comprarle una corona de flores a Óscar.

—Y creo que deberíais llevársela, vosotros que estuvisteis el año pasado con él; además erais sus amigos —afirmó Gema emocionada.

Al día siguiente, dejábamos en la tumba de Óscar una bonita corona de flores; *No te olvidaremos*, decía la banda blanca que llevaba.

CAPÍTULO 22

EFECTO DOMINÓ



PARA NOSOTROS, todo cambió en aquel comienzo de curso. Nada volvió a ser igual. Y así seguimos hasta C.O.U. Tino y Javi dejaron de gastar bromas. David les contestaba mal a las chicas que se acercaban a él para conocerlo. Y hasta Marta y yo, dejamos de corretear como locas por los pasillos del instituto.

¿Por qué?

Por la cantidad de hechos desagradables que sucedieron a raíz del fallecimiento de Óscar. Fue como se dice, un efecto dominó.

Nada más volver de las vacaciones navideñas, el chico que me hacía suspirar, nos dio un buen susto. Nos tocaba Educación Física y estábamos calentando para realizar la prueba de dar la vuelta al centro corriendo cuando David se desvaneció. Quedó tendido boca arriba con los brazos en cruz.

—¡David! —gritó desgarrado Tino—. Mis ojos se encharcaron. Temblaba aterrorizada.

El resto de compañeros se acercó a él rodeándolo. Juan Fergó, el mismo docente que nos había tocado el año anterior, intentaba reanimarlo. Al no reaccionar, lo trasladaron a urgencias en ambulancia.

En el cambio de clase, todo el instituto sabía lo ocurrido. Tino, Javi, Marta y yo, nos saltamos la siguiente clase y nos fuimos al hospital a ver a David. Al llegar a él nos encontramos con Lulú, sus amigas y varias chicas más.

—¿Qué haces aquí? —bramó refiriéndose a mí—. Ni siquiera la miré. Y mis amigos, tampoco.

Minutos después salió Juan Fergó acompañado de la madre de David. Al primero no le gustó vernos allí, porque habíamos faltado a clase. La segunda nos explicó que el desmayo había sido producido por una arritmia; se quedaría aquel día en observación y si todo estaba bien, al día siguiente le darían el alta. Unos días después, David, volvía a clase.

Al finalizar el curso, trasladaron al padre de Marta a Bilbao. Debía de estar en aquella ciudad un par de años. Y allí se fue mi amiga a vivir.

Entonces nos acordamos de aquello que nos dijo Dani cuando nos tocó en aulas separadas…

—No vais a dejar de ser amigas ni vuestra amistad se va a resentir, pero debéis tener otras amistades, porque no sabéis que os tiene guardado el destino—. Sin duda alguna, dio en el centro de la diana.

El verano fue como una ráfaga de viento. Llegó y se fue en un abrir y cerrar de ojos.

Le tocó el turno a Tercero de B.U.P. y una vez más volví a coincidir en clase con David, Javi y Tino, aunque no en todas las asignaturas. Nos separábamos para las optativas. Mientras ellos

estaban en clase de Ciencias y Física y Química, yo, en Literatura y Latín.

David y yo continuamos con nuestro juego de miradas y sonrisas. Aquella conversación, en que confesamos que nos gustábamos, hizo que, poco a poco, me fuera acercando más a él, superando el vértigo que me daba hablarle.

Y Lulú dejó de molestarme, al comprobar que cuando me atacaba, yo, me defendía con su mismo lenguaje.

El tiempo fue pasando y el momento agridulce, llegó. Nuestra etapa en B.U.P. había finalizado y tocaba despedirse. La vida nos volvería a cambiar, y cada uno de nosotros lo haría por un camino diferente. Instituto, profesores y compañeros, quedarían atrás. Unas semanas después de decirle adiós al Centro, la vida, le volvió a jugar una mala pasada a David. Su padre falleció en un accidente de tráfico.

—Lo siento —le dije cuando respondió al teléfono.

—Gracias, ¿cómo te has enterado?

—Por el Diario Jaén —susurré.

Días después quedamos para dar un paseo. No fue una cita, aunque lo pareciese.

—Hola, te quedan muy bien esos aros — me dijo al vernos, refiriéndose a mis pendientes.

—Gracias —le respondí sonriendo.

Caminábamos en silencio. Segundos después, mientras el viento solano nos acompañaba, él, comenzó a hablar. Me contó lo mucho que echaba de menos a su padre y lo mal que lo estaba pasando.

—Su sueño no ha podido cumplirlo — dijo con la voz rota—. Sabía a qué se refería, me lo contó en una ocasión. A su padre nada le hacía más ilusión que verlo convertido en arquitecto.

—Te verá desde ahí arriba —afirmé señalando el cielo con la mano—. Sonrió débilmente.

—Yolanda, no sé qué hemos sido ni qué somos, pero sé que hemos crecido juntos, que poco a poco, la confianza en nosotros ha ido aumentando y que cada vez que el día acababa, algo dentro de mí se rompía al pensar que hasta el día siguiente no volvería a verte — afirmó cogiéndome de la mano con voz tenue—. Me estremecí.

—O hasta el lunes si era fin de semana — añadí con el mismo tono de voz.

—La próxima vez que nos veamos te tendré construido el palacio —afirmó guiñándome el ojo—. Sonreí.

—Más te vale —dije, devolviéndole el guiño—. Y tras mirarnos, como solo nosotros sabíamos hacerlo, con los ojos repletos de estrellas, nos despedimos con un cálido abrazo. Me separé de él, tarareando aquella canción…

Es verdad para qué engañarnos…

Somos dos imanes que nunca se unirán…

Pasarán los años y seguiremos mirándonos…

Somos dos imanes, tú lo has dicho…

Y ni la música ni el tiempo nos pueden separar…

Sí, David y yo, fuimos aquellos *Dos imanes*.

De vuelta a casa, recordé aquel primer día de instituto, cuando al salir de clase, tuve la misma sensación que la mañana del seis de enero, cuando era niña, y me encontraba el salón repleto de juguetes.

¿Será lo mismo el año que viene? No la respondía. Me daba miedo.

¿Y si dentro de un año no había nada?

Aprendí a dejar que la vida fluyese y siguiese su camino. Ni yo ni nadie, tiene esas respuestas.

El momento dulce llegó con la vuelta de Marta a Jaén.

—Nena, mi prima nos ha invitado al concierto que Hombres G dan en Madrid para presentar, Esta es tu vida, su nuevo vinilo, ¿qué hacemos?

—¡Preparar las maletas! —exclamé feliz. No había mejor manera que despedirnos de B.U.P. y darle la bienvenida a los duros años universitarios, que con un concierto de nuestro grupo favorito.

¡Madrid allá vamos!

CAPÍTULO 23

EL CONCIERTO



EL CIELO aún estaba estrellado cuando mi padre y yo, recogimos a Marta en su casa. Eran las cinco y cuarto de la mañana. Las dos vestíamos con pantalones vaqueros desgastados y camisetas blancas, a juego con las deportivas que llevábamos. El brillo de nuestras pupilas era el mismo; el nerviosismo y las ojeras, también. Llevábamos días durmiendo nada y menos:

—¿De verdad los vamos a ver? —nos preguntábamos una y otra vez.

—¡Disfrutad y pasadlo bien! —exclamó mi progenitor al llegar a la estación del tren.

—¡Y ya sabéis, no…

—¡No nos fiaremos de nadie y tendremos cuidado! —afirmó Marta cortándolo con retintín —. Reímos y nos despedimos de él.

Cuando nos vimos sentadas en el vagón del tren, el estómago se nos encogió. Nuestro sueño estaba cada vez más cerca. Apoyé la cabeza en la ventana y Marta la apoyó en mi hombro. No recuerdo nada más; hicimos todo el viaje durmiendo. Es como si nuestro cuerpo nos hubiese dicho: «Descansad, porque ya está todo hecho». Nos despertamos al escuchar por megafonía que el tren procedente de Jaén hacía su entrada en la Estación de Atocha. Ya estábamos temblando…

—¿Qué tal habéis hecho el viaje? —nos preguntó Irene al vernos salir.

—Durmiendo —afirmé sonriendo.

—Tía, ¿y estas pintas? —preguntó Marta, señalándola de arriba abajo con la mano—. Iba vestida completamente de negro. Y su maquillaje no te dejaba nada indiferente: tez blanca, ojos sombreados escandalosamente de negro y labios de un estridente color rojo. Como complementos, muchos anillos y cadenas.

—Ahora soy gótica —afirmó girando sobre sí.

—¡Estás loca! —le dijo mi amiga, llevándose un dedo a la cabeza—. Reímos.

—Desayunamos, damos una vuelta por Madrid y después nos vamos para *Las Ventas*, ¿ok? —propuso Irene—. Mi amiga y yo, resoplamos, mirándonos. Estábamos a punto de que nos diese una taquicardia, ¿cómo nos íbamos a ir a pasear por aquella monstruosa ciudad?

—¡Tenéis el sitio reservado, estad tranquilas! —exclamó haciendo un gesto con las manos al ver nuestras caras.

—¿Tenemos el sitio reservado? —le preguntó extrañada Marta.

—Sí, tengo dos amigas haciendo cola por vosotras, y hasta aquí puedo leer —afirmó sonriendo Irene imitando a Mayra Gómez Kemp—. Mi amiga y yo nos miramos haciendo un mohín. Y mantener la boca cerrada fue lo mejor que hizo. Si nos hubiese dicho lo que tenía planeado, habríamos salido en ambulancia de la estación.

Nos dirigimos hacia el aparcamiento donde Irene tenía estacionado el coche y nos

acomodamos en él. Mientras atravesábamos el centro de Madrid, Marta y yo íbamos cantando eso de…

Los coches echan humo…
Como en todas las ciudades…
Pero nadie se resigna…
A no pasear por la calle…

La prima de mi amiga nos miraba sonriendo. Sus gustos musicales habían cambiado, aunque afirmó que se veía reflejada en nosotras años atrás. Nos llevó a desayunar a la pastelería *La Mallorquina,* todo un emblema de Madrid. Mientras mi amiga y yo degustábamos aquella deliciosa palmera de chocolate y aquel exquisito café, nuestra mente estaba en otro lugar de aquella ciudad.

—¿Os gustan? —nos preguntó Irene, sacando de su mochila dos camisetas blancas con el logotipo de Hombres G.

—¡Me encanta! —exclamé ilusionada—. El grito de Marta hizo temblar los cimientos de la pastelería. Entramos al baño a cambiarnos. Cuando salimos, con una espléndida sonrisa, la prima de mi amiga nos estaba esperando en la calle.

Un par de horas después, llegábamos a *Las Ventas*. El sol caía a plomo y el calor empezaba a ser insoportable. El ver aquellas kilométricas filas de chicas haciendo cola para entrar nos dejó con la boca abierta. Se iban turnando con las que estaban sentadas y durmiendo en el suelo unos metros más allá.

Irene comenzó a abrirse paso entre la multitud y nosotras la seguíamos entre empujones, pisotones y tirones de pelo. Fue toda una «yincana» llegar hasta donde se encontraban sus amigas. Una vez nos reunimos con ellas, nos las presentó. María del Mar y Marisa, también eran góticas. Durante un par de horas estuvimos hablando y cantando canciones de Hombres G. Nos turnamos para ir a comprar refrescos y sándwiches. La tarde estaba a punto de caer, las puertas de la plaza de toros se abrieron y el griterío retumbó en toda la capital. A Marta y a mí, nuestros corazones nos dijeron que estaban al borde del infarto.

—Voy a ver —dijo Marisa, dirigiéndose a Irene—. Ella asintió sonriendo. Regresó una hora después, más o menos. Les hizo un gesto con la cabeza a María del Mar y la prima de Marta. Sonrieron. Ni a mi amiga ni a mí, nos pasaron aquellos gestos por alto. Fruncimos el ceño mirándonos.

¿Qué estaba pasando?

—¿Todo bien? —le preguntó mi amiga a su prima.

—¡Muy bien! —gritó eufórica abriendo los brazos.

A continuación, María del Mar y Marisa se despidieron de Marta y de mí.

—¡Gracias, sobre todo, por esto último! —les dijo Irene despidiéndose de ellas.

¿A qué se refería con: gracias, sobre todo, por esto último?

¿Qué estaba pasando o qué nos estábamos perdiendo?

La cola avanzaba y a mi amiga y a mí, el corazón se nos desbordó. Al llegar y ver cómo nos cortaban las entradas, entramos en «shock».

¿De verdad estábamos tan cerca de los Hombres G?

—Por aquí —dijo Irene, señalando con la mano el camino a seguir—. Se veía desenvuelta en aquellos estrechos pasillos. Marta y yo la seguíamos entusiasmadas, y las dos nos íbamos

haciendo la misma pregunta: —¿Por qué cada vez hay menos personas y el silencio va tomando protagonismo?

—¿Irene Leiva? —preguntó el guarda de seguridad que había delante de aquella puerta metálica—. La prima de mi amiga asintió, mostrándole el carnet de identidad. Marta y yo nos miramos extrañadas. Allí estaba pasando algo raro y cada vez estábamos más seguras de ello.

—¡Adelante! —Exclamó el agente abriéndonos la puerta—. Irene entró y tras ella, nosotras.

—Hola, ¿qué tal? —le oímos decir—. Y cuando dos segundos después entramos nosotras, nos convertimos en estatuas sin más. Éramos dos bultos con ojos. Frente a nosotras, ocho pupilas nos sonreían.

—Chicas, os presento a David, Javi, Dani y Rafa —oímos decir a Irene como si su voz viniese de ultratumba—. Entonces, Marta y yo, nos miramos y echamos a reír compulsivamente. Sí, nos entró esa risa nerviosa que surge en momentos inapropiados o que no es acorde con la situación que se está viviendo. Segundos después, callamos y volvimos a ser las estatuas de antes.

—Están muy nerviosas —afirmó Irene.

—Marta, Yolanda, ¿qué tal guapas? —nos dijo Rafa, el guitarrista, acercándose a nosotras.

—Tranquilas, que somos los Hombres G —añadió David siguiendo los pasos de su compañero.

David quiso trasmitirnos confianza y obtuvo todo lo contrario. Estaba claro: si no hubiesen sido ellos, nosotras no habríamos estado así.

—¡Vamos a inmortalizar el momento! — propuso Javi, el batería.

—¡Por supuesto! —reafirmó Dani.

Irene sacó una cámara de fotos de su mochila y nos hizo un gesto con la cabeza para que posáramos para la fotografía. Cuando un par de segundos después nos vimos rodeadas por los Hombres G, reaccionamos. Tras la instantánea, estuvimos hablando con ellos durante un par de minutos. Eran cuatro chicos normales que vestían con bermudas y camisetas de manga corta. Nada que ver con la idealización que nosotras nos habíamos creado.

Montadas en una nube, creo que *Heidi* nos la dejó, salimos de aquel camerino dirigiéndonos hacia las gradas. Estaríamos justo detrás de la valla de seguridad que separa el escenario del público. Irene se superó en cada momento.

—¡Disfrutad! —dijo abrazándonos.

—¿No nos acompañas? —preguntamos al unísono Marta y yo.

—No, es vuestro momento. Las dos juntas debéis disfrutar de ellos —afirmó sonriendo.

—Dani no nos ha acompañado porque opina exactamente igual que tú —apuntó mi amiga—. Irene sonrió y, a continuación, nos despedimos hasta un par de horas después, que vendría a recogernos.

En la plaza de toros el griterío era descomunal. De fondo, todas las canciones de nuestro grupo favorito. De pronto, las luces se apagaron y los gritos subieron de decibelios. A Marta y a mí, nos faltaban fuerzas para agarrarnos a aquella valla metálica de color amarillo. Una luz iluminó a Javi, el batería. A continuación, se dirigió hacia David y este se arrancó a cantar…

Hoy me he levantado dando un salto mortal…

He echado un par de huevos a mi sartén…

Dando volteretas he llegado al baño…

Me he duchado y he despilfarrado el gel…

Porque hoy algo me dice…

—¿Qué? —preguntó dirigiéndose al público—. A nuestro lado un par de chicas se desmayaron al escuchar a David hablar.

—¡Que voy a pasármelo bien! —respondimos cantando los miles de adolescentes que estábamos concentrados allí.

—Pagar para no disfrutar del concierto, es de ser gilipollas —apuntó Marta, señalándolas con la cabeza mientras se llevaban chicas desmayadas, en camilla—. Sonreí.

Javi, David, Rafa y Dani, se habían cambiado de ropa. Todos llevaban vaqueros. El primero, como siempre, con unas de sus inseparables camisetas negras. El segundo iba guapísimo, con la camisa blanca de manga larga remetida. Y los otros dos, con camisas de manga corta, negra y blanca, respectivamente.

A partir de entonces, un conjunto de luces de colores los acompañó en cada segundo.

Al terminar la primera canción, David Summers, dirigiéndose al público, saludó…

—¡Buenas noches, Madrid!

—¡Buenas noches! —gritamos al unísono las miles de voces que estábamos reunidas en aquel recinto.

Marta y yo comenzamos a saltar histéricas. Las pulsaciones las teníamos a mil. Estábamos presenciando lo mismo que tantas y tantas veces habíamos visto por televisión.

La primera canción acabó y la segunda comenzó a sonar…

—¿Te acuerdas? —gritamos a la vez al escuchar los acordes de *El ataque de las chicas cocodrilo*—. David Summers seguía cantando y cuando llegó a la estrofa de…

Yo ya te digo no sé lo que pasa…
Todos los días me escriben mil cartas…
Llaman a mi casa…
Luego no hablan…
Solo se oyen risas, tengo que colgar

—¡Fuimos nosotras! —exclamamos saltando.

Las canciones fueron pasando una tras otra, mientras muchos sujetadores aterrizaban en medio del escenario. Mi amiga y yo, nos reíamos ante aquella situación.

Cuando las primeras notas de *Dos imanes* comenzaron a sonar, el público estalló, y a mí, el corazón se me «subió» a la boca: —David esos somos tú y yo —pensé.

—¿Estás bien? —preguntó Marta—. Asentí. Le mentí. Ella sabía que no era así; sin embargo, no me dijo nada más. ¿Cómo no recordar todos los momentos vividos con él? Aquella canción estaba hecha para nosotros.

Poco a poco el concierto estaba llegando a su fin. Para mi amiga la guinda la puso Javi, cuando

dejó la batería, cogió el micrófono, y salió a cantar, *No te puedo besar*.

—¡Mi canción y la de Dani! —gritó Marta, saltando y moviendo la cabeza ligeramente hacia ambos lados—. Reí. Tenía razón: de no ser por aquél tema, ¿quién sabe si hubiese conocido a Dani?

Hombres G terminó el concierto con *Venecia.* Al despedirse nos sentimos vacías.

—Otra, otra, otra… —gritábamos.

Ellos volvieron a salir y cantaron *Devuélveme a mi chica.* Al terminar de cantarla, dieron las gracias al público y se despidieron con un, hasta siempre Madrid. Entonces mi amiga y yo nos miramos y nos abrazamos.

—Ha merecido la pena —susurré.

—Desde luego —afirmó ella.

El público comenzó a abandonar *Las Ventas* mientras de fondo se escuchaban las canciones de Hombres G.

Marta y yo nos fuimos de Madrid sabiendo que habíamos entrado en éxtasis como Santa Teresa de Jesús, ¿quién nos iba a decir que hablaríamos con ellos?

EPÍLOGO



LLEGUÉ A JAÉN LA TARDE ANTERIOR. Hacía más de una década que me había trasladado a Madrid.

Aquella tarde la ciudad estaba impregnada de ilusión y nerviosismo. Sus calles olían a reencuentros y a esos últimos toques que dejan las huellas del primer amor.

Un mes atrás al abrir Facebook me encontré con un mensaje, que jamás pensé en recibir, y no por el texto. ¡No! Si no por su remitente. Me había escrito nada más y nada menos que Lulú. ¡Sí! Aquella chica que quiso hacerme en alguna ocasión la vida imposible, y que sin embargo, yo terminé convirtiéndome en su peor pesadilla. El enunciado decía…

«Reencuentro 25 años después».

Hice un mohín y leí el mensaje.

Lulú había hecho un grupo para reunir a toda la promoción del instituto. Al evento, se fue sumando, uno a uno, la gran mayoría de todos los que habíamos sido invitados. Los saludos efusivos de unos tapaban las ausencias de otros.

—¿Qué te vas a poner para la cena? —me preguntó Marta toda eufórica.

—¡No voy a ir! —afirmé rotundamente.

—¿Qué? ¡Estás loca! ¿Cómo no vas a ir?

Reí.

Todavía la estoy escuchando gritar. Y es que en aquel momento no fui yo quien contestó, sino el eco de aquella Yolanda adolescente, tímida e insegura que fui. Por supuesto que iría, pero reconozco que me daba vértigo volver a ver a David. Jamás lo olvidé.

El reencuentro consistiría en una recepción en el instituto a las seis y media de la tarde, y a continuación, una cena en el Restaurante El Olivar.

A las seis menos cuarto, Marta y yo, quedamos en vernos en nuestra «esquina», así debía ser. Pero aquella tarde ninguna de las dos llevábamos los libros apoyados en la cadera ni íbamos ataviadas con minifaldas y manoletinas. Marta iba guapísima con un traje de chaqueta y pantalón en negro y camisa blanca. Su larga melena rizada seguía intacta y es que no había cambiado en nada. Yo me decidí por un vestido de manga corta, escote redondo y corte recto con aberturas laterales. Lo acompañé con unas sandalias de tacón en negro y, a diferencia de mi amiga, mi larga melena lisa se había convertido en una melenita por encima del hombro.

—¿Preparada para volver al pasado? — me preguntó Marta al encontrarnos.

—¡Por supuesto! —afirmé.

Veinticinco años después Jaén había cambiado y crecido a partes iguales. Por un lado, el centro de la ciudad lucía más bonito que nunca, sus calles habían sido vestidas con un moderno diseño urbano que las dotaba de amplitud y dinamismo. Y por otro, la periferia se llenó de prestigiosas urbanizaciones y grandes centros comerciales.

El camino lo hicimos recordando anécdotas, y nos dimos cuenta de que la esencia de aquellas dos niñas adolescentes vivía dentro de la mujer en la que nos habíamos convertido cada una de nosotras.

—¡Llegamos! —exclamamos al unísono—. Reímos y «abordamos» aquella más que famosa escalinata.

Al llegar arriba y entrar en el centro nos miramos sorprendidas. Todo parecía estar igual. O nosotras habíamos retrocedido en el tiempo. Hasta el tablón de anuncios seguía intacto en aquella pared del fondo junto al salón de actos.

Los antiguos alumnos comenzaron a llegar y los grupitos de chicos y chicas no tardaron en formarse. Era normal, todos habíamos compartido Centro; con algunos, aula, pero no todos éramos amigos, cada uno de nosotros iba buscando su antigua pandilla.

Marta y yo, al ver que ninguno de nuestros amigos de entonces se encontraba por allí, decidimos irnos hacia el salón de actos para acomodarnos. Nada más abrir la puerta nos encontramos con Lulú y Rafael Landero.

La primera estaba allí, como organizadora del acto y el segundo, como director del Centro. Tiempo atrás fue nuestro tutor en Primero de B.U.P. Ambos se encontraban dando la bienvenida a todos los asistentes.

Tanto a Marta como a mí nos hizo mucha ilusión volver a ver a nuestro tutor, le dimos un más que sentido abrazo y a continuación saludamos a nuestra insoportable compañera de años atrás.

—¡Bienvenidas, qué alegría me da volver a veros!

Mi amiga y yo nos miramos de soslayo.

—¡Será hipócrita! —rumió Marta.

Yo apreté los labios para no reírme.

—Yolanda, ¿sabes que David no viene?

Resoplé.

¿De verdadaúntenía esa espina clavada después de veinticinco años?

—Me lo he imaginado al no pronunciarse en el grupo que tú creaste —solté.

Sonrió de medio lado.

—Sigues siendo la misma impertinente e insoportable de siempre —dijo una conocida voz detrás de nosotras.

—¡Tino! —exclamamos Marta y yo al reconocer aquel tono de voz tan peculiar—. Ambas giramos sobre nuestros talones y nos encontramos con él; acababa de saludar a Rafael Landero. Estaba guapísimo, aquellas canas le sentaban como un guante.

—Y por lo que veo tú sigues siendo su incansable defensor —escupió Lulú acercándose a él para darle dos falsos besos, tal y como estaba haciendo con todos.

Tras saludar a aquella impertinente, los tres nos adentramos en el interior del salón de actos y entre una parada y otra, saludando a todos los antiguos compañeros, conseguimos sentarnos en una de las primeras filas. Tino se acomodó en medio de nosotras dos, Marta a su derecha y yo a la izquierda. Éramos tres cotorras poniéndonos al día de nuestras vidas. Quisimos resumir los últimos veinticinco años de cada uno de nosotros en un par de minutos.

Tino nos contó que estaba casado y era padre de dos hijos. Y como su mujer, era Policía

Nacional.

—Yo estudié Psicología pero trabajo de administrativa en la Tesorería General de la Seguridad Social. Sigo con Dani y ambos estamos igual de felices y enamorados que el primer día

—apuntó Marta aleteando las pestañas. Reímos.

—Y tú, ¿qué te cuentas? —me preguntó curioso Tino.

—Yo soy abogada, vivo en Madrid y estoy separada. Punto final.

Más risas.

—¿Y qué se cuentan David y Javi, porque me imagino que como nosotras seguiréis siendo amigos? —le preguntó Marta.

Al escuchar aquellas cinco letras del primero, un ligero suspiro se escapó de mis labios. Mis amigos se percataron de ello, pero ninguno de los dos comentó nada.

¡Menos mal!

—David terminó Arquitectura y en el viaje de fin de carrera conoció a una chica de Italia y se casó con ella. Se separaron años después y…

—¡Anda, igual que tú! —exclamó mi amiga cortándolo.

Le hice burla y Tino siguió contándonos...

—Y hace tiempo que no sé nada de él.

—¿Y eso? ¡Si eráis inseparables!

Tino se encogió de hombros como contestación.

—Y Javi es veterinario y sigue viviendo aquí en Jaén, pero no ha venido porque está esperando que de un momento a otro llegue al mundo Adriana; su primera hija. Él no tiene redes sociales porque piensa que son un «come cocos».

—¡Qué alegría, felicítalo de mi parte!

—Yo no veo a Javi de papá —soltó Marta, sonriendo con un ligero movimiento de cabeza.

Reímos al unísono los tres.

—Óscar sí habría venido —afirmé triste.

Mi amiga asintió y Tino mirando hacia arriba, dijo…

—Él desde donde quiera que se encuentre, estará feliz porque al menos, nosotros tres nos hayamos vuelto a reunir.

Sonreímos débilmente.

Minutos después el acto comenzó. Sobre el escenario había una mesa rectangular. En el centro se encontraba sentado Rafael Landero. A su derecha Lola Llorente, nuestra profesora de Historia Contemporánea en primero. Y a su izquierda, José Santiago, profesor de Latín en Segundo. El resto de profesores no se encontraba porque se habían jubilado años atrás.

De pie, delante de ellos había un señor de unos cincuenta años, que abrió el acto. Se presentó como Manuel Bustamante y era el nuevo Jefe de Estudios.

Lola Llorente habló tras él y sus palabras conmovieron a todos los allí presentes.

José Santiago hizo todo lo contrario, recordó los momentos más divertidos y las carcajadas estuvieron aseguradas.

Y por último llegaron las palabras de Rafael Landero: nos hizo llorar a todos.

—¡Joder! —rumié abriendo deprisa el bolso para desconectar el móvil que había empezado a sonar. Era mi madre quién me llamaba.

«¡Qué oportuna!»

Le colgué y no me dio tiempo a desconectarlo, cuando volvió a sonar.

Esta mañana me dijo que se encontraba regular, ¿le habrá pasado algo?.

Me preocupé y decidí contestar. Me levanté sigilosamente y salí del salón de actos. Al ver que en el vestíbulo había tres o cuatro grupos de personas hablando en voz alta, y riéndose a carcajadas, salí afuera. Me detuve al principio de la escalinata y descolgué el teléfono…

—Dime mamá… —dije mirando hacia el aparcamiento de motocicletas—. No sé si mi madre me respondió y tampoco recuerdo en qué momento se me cayó el teléfono; la pantalla se hizo mil pedazos al chocar con aquel suelo empedrado. Me quedé sin aliento al ver aquel par de ojos atípicos clavados en mí.

—David —susurré.

Entonces descendí peldaño tras peldaño de aquella escalera, como si estuviese levitando. Mi mente se convirtió en un auténtico fotograma, recreando todos y cada uno de los momentos vividos con él: aquel primer día de presentación cuando nuestros ojos se encontraron y vi que él tenía un ojo de cada color, el derecho de color verde claro y el izquierdo de color miel. Sonreí mentalmente al recordar aquel dibujo que me hizo en la clase de historia y todas las veces que llegamos al mismo tiempo cuando dábamos la vuelta al instituto. Tragué saliva cuando le dije que no a salir con él y después él me dedicó delante de una gran multitud la canción de *Déjame* de Los Secretos. Y lloré al recordar aquella caída en la clase de Educación Física que lo llevó en ambulancia a urgencias y cómo lo pasó con el fallecimiento de su padre. Solté una carcajada por cada una de las veces que me dijo que no entendía cómo podían gustarme los Hombres G. Y así entre recuerdos llegué a él…

—¡Hola, Yolanda! —dijo sonriendo.

—¡Hola, David! —me oí decir con apenas un hilo de voz y al igual que antaño, mis mejillas se sonrojaron.

Estaba más guapo que nunca, o al menos, yo lo vi así. Seguía manteniendo parte de aquella melenita castaña dorada que tanto me gustaba y aquel polo celeste de *Ralph Lauren* no podía sentarle mejor.

—¿Sabes que siempre te imaginé con el pelo así? —dijo alargando la mano derecha y colocándome muy sutilmente un mechón de pelo detrás de la oreja. Me estremecí.

—¿Por qué no contestaste al mensaje de Lulú? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no has entrado? —. No entendía nada.

—Todas esas preguntas tienen una sola respuesta —respondió sonriendo.

—¿Y cuál es?

—¡Tú! —afirmó.

—¿Qué? —susurré echándome a temblar.

—Yolanda: desde que dejamos C.O.U. he necesitado volverte a ver para hablar contigo y nunca supe cómo hacerlo —afirmó cogiéndome de la mano.

Hice un mohín.

—¡Sí! Ahora con las redes sociales hubiese sido fácil encontrarte, pero siempre he tenido miedo a que me volvieses a rechazar.

Suspiré. Y él siguió explicándome.

—Cuando recibí el mensaje de Facebook le pedí ayuda a ellos —afirmó señalando con la cabeza hacia arriba—. Miré hacia atrás y allí encima de la escalinata se encontraban unos sonrientes Tino y Marta.

David siguió explicándose…

—Quise que nuestro encuentro fuese especial. No quería un e-mail ni un mensaje, quería tenerte frente a mí mirándote a los ojos para volverte a repetir la frase de: —«Hola, ¿quieres salir conmigo?».

¿Había escuchado bien o la ilusión de volverlo a ver había repercutido en mis neuronas?

—Yolanda, ¿quieres salir conmigo?

Miré nuestras manos entrelazadas y a continuación levanté la vista hacia aquellos brillantes ojos. Esa vez no iba a dejar pasar la oportunidad, sin embargo, para llegar a la meta hay un camino que hacer.

—¡Sí! —afirmé dejando escapar un suspiro—. Pero…

—¿Pero? —preguntó cortándome temeroso.

—Pero primero debemos tener una larga conversación. Han pasado veinticinco años. Nos conocemos como adolescentes, pero no como adultos.

—Completamente de acuerdo. Y para ello te propongo algo —dijo guiñándome el ojo.

¡Cómo me gustaba aquel gesto!

—¿Qué propones? —pregunté a media voz.

—Que comencemos hablando de aquel dulce amor que sentimos y que nunca llegamos a disfrutar, que sigamos construyendo los sueños que ambos teníamos con respecto al otro y no cumplimos; que hablemos de nosotros para conocernos y saber qué hemos hecho durante todos estos años. Y que terminemos dándole rienda suelta a lo que aún sentimos para ser felices juntos.

Suspiré.

—¡Me encanta el plan! —sonreímos y nos fundimos en un romántico abrazo.

Escuchamos unos aplausos y nos separamos. Eran nuestros amigos que habían estado detrás de nosotros escuchándolo todo.

—¡Manda huevos que hayan tenido que pasar veinticinco años para que estéis juntos! —exclamó Tino.

—¡Es que se lo estaban pensando! — añadió jocosa Marta.

—¡Gracias, chicos! —les dijo David, abrazándolos.

—¡Menuda panda de terroristas psicológicos sois! —afirmé sonriendo.

Y los cuatro soltamos una carcajada.

—Una cosa más —añadió David mirándome—. Tino y Marta se echaron a un lado, lo que me hizo entender que ellos estaban al tanto de lo que él me iba a decir.

—Sé que no es el palacio que te prometí, pero algunas princesas también viven frente al mar —dijo, entregándome su teléfono—. Me estremecí.

¿De verdad recordaba igual que yo aquella conversación que tuvimos en Primero de B.U.P.?

—¿Vas a elegir letras? —me preguntó acercándose a mi pupitre.

—¡Sí! Las ciencias no me gustan, Y además, se me dan muy mal.

—¿Y qué quieres estudiar?

—Derecho.

—Yo estudiaré Arquitectura.

—Sha Jahan, el Emperador de la India, le dedicó el Taj Mahal a Mumtaz Mahal, su esposa, ¿me harás algo más o menos parecido? —sonreí.

—¡No! —respondió rotundo.

Y la sonrisa se me borró de un plumazo.

—Te construiré un palacio porque ahí es donde viven las princesas —afirmó guiñándome un ojo.

Tomé su móvil y aquellas imágenes no podían ser más bonitas. Era una casa con vistas al mar. El diseño arquitectónico era contemporáneo y estaba totalmente equipada con todas las comodidades. Además su impresionante jardín y su piscina *infinity* tenían acceso privado a la playa.

—¡Me encanta! ¿Y por qué frente al mar?

—Porque una vez te oí decir que te encantaría vivir en la costa.

Sonreímos y volvimos a fundirnos en un nuevo abrazo. Y este nos llevó a nuestro primer beso. Nuestros labios se besaron despacio, mostrando todo el amor que llevábamos dentro.

—¡Zorra! —escuchamos—. Nos separamos y miramos hacia la escalinata.

La protagonista de aquella «bonita» palabra no podía ser otra. La cara de Lulú iba a estallar de rabia.

—¡Siempre te dije que con él no tenías nada que hacer! —le gritó Tino.

David le dedicó una peineta.

Y Marta y yo soltamos una carcajada.

La conferencia había terminado y nuestros antiguos compañeros se dispusieron a salir. Tino y Marta se unieron a ellos y se fueron a disfrutar de la noche jiennense.

David y yo nos cogimos de la mano y con los ojos anegados en lágrimas nos encaminamos hacia el impresionante futuro que nos esperaba.

Y es que cuando el amor es verdadero permanecerá intacto para siempre. Igual que esos dos imanes que ni la música ni el tiempo pueden separar.

Fin

AGRADECIMIENTOS

«Agradecer es un acto simple, pero pocos comprenden la grandeza y la necesidad de esa palabra».

Anónimo

No puedo estar más de acuerdo con dicha frase. Ojalá pudiese crear una palabra que trasmitiese mi gratitud a Irene Fernández, mi editora. Y a ella quiero dedicárselo.

Irene: gracias por tu trabajo y tu tiempo. Gracias por tu enseñanza y todo ese puñado de conocimientos aprendidos. Gracias por descubrir ese potencial que tenía escondido, y que necesitaba un empujón para salir a flote. Y, sobre todo, gracias por apostar por mí.

ACERCA DE LA AUTORA



Mónica Díaz es catalana de nacimiento y andaluza de adopción. Estudió Graduado Social en la Universidad de Jaén y es Instructora de Pilates Mat. El deporte forma parte de su rutina diaria. La literatura siempre ha sido su pasión. Y la moda su mayor *hobbie*. Empática, optimista, risueña y luchadora: cuando desea algo no cesa hasta conseguirlo, cree que todo puede pasar en cualquier momento. Es autora de *Una amiga mortal* y *Hola, ¿quieres salir conmigo?*

OTRAS OBRAS DE MÓNICA DÍAZ

Para saber más sobre Mónica Díaz y su obra, basta con enfocar el código QR con la cámara del móvil para que automáticamente aparezca en vuestro *smartphone* **toda su historia y detalles** en su página de autor en Amazon.

